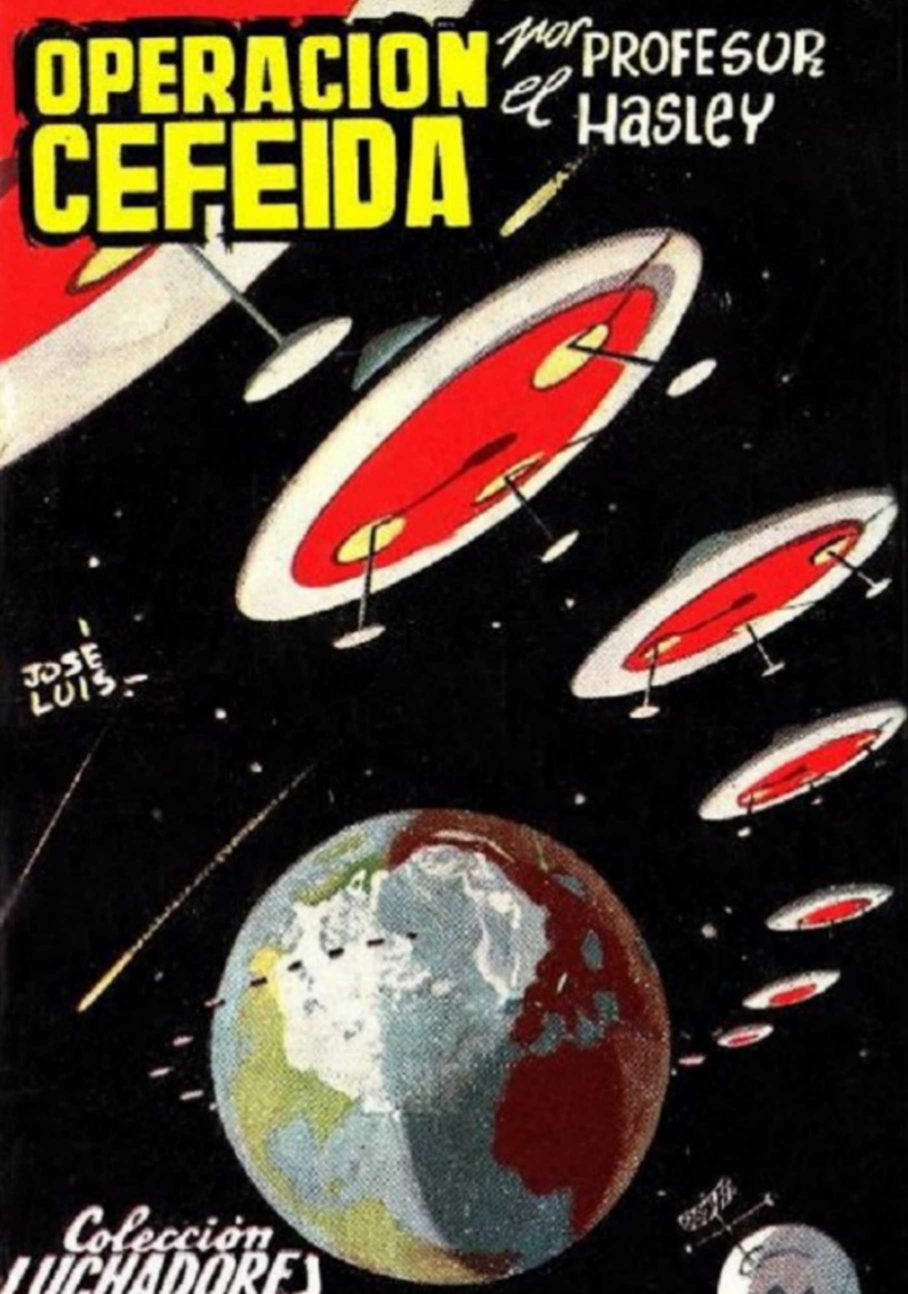
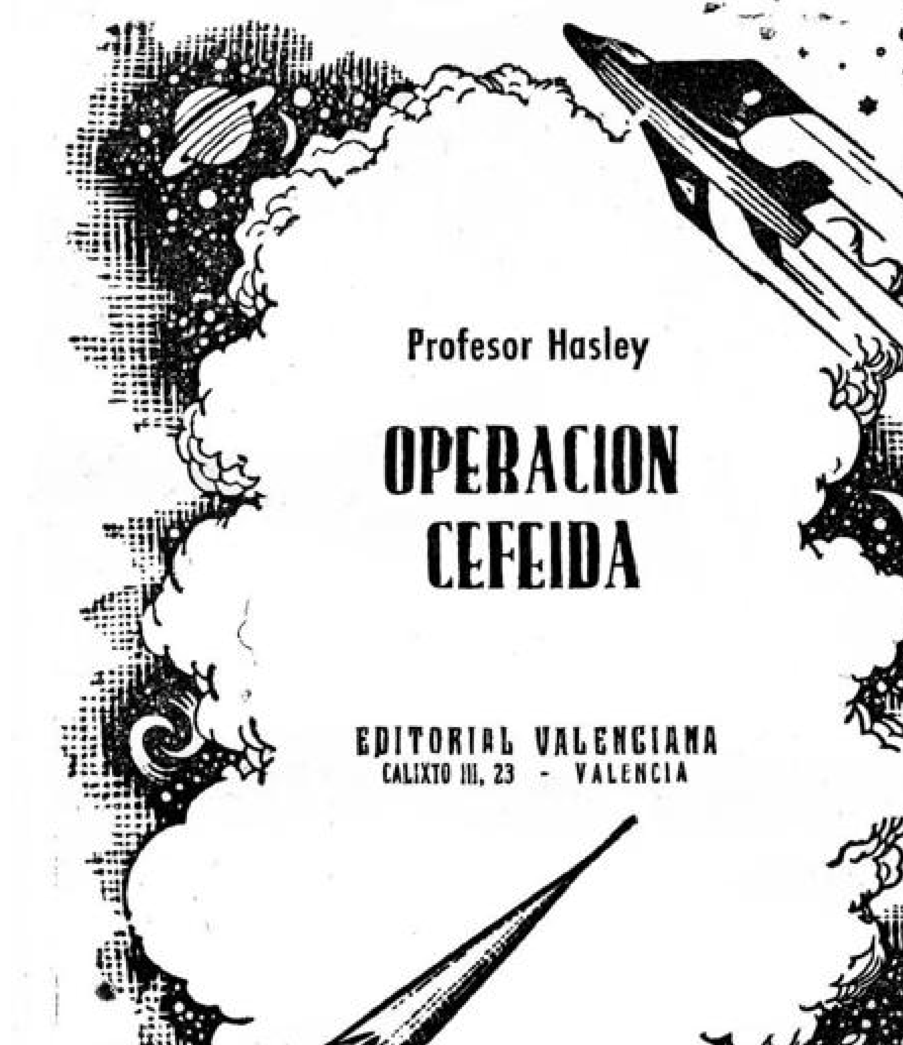

OPERACION CEFEIDA
por el PROFESOR HASLEY
JOSE LUIS
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
2

OPERACIÓN CEFEIDA



Profesor Hasley

OPERACION CEFEIDA

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

PERSONAJES

Bob Skine.—Jefe de Operaciones del C. G. de los terrestres.

Aloa Ka.—Protagonista femenina.

Profesor Haston.—Jefe de Astronomía del C. G. terrestre.

Anselmi.—Coordinador General, máxima autoridad del C. G. terrestre.

Ernest.—Jefe del Comando Aéreo del C. G. terrestre.

León.—Segundo Jefe del Comando Aéreo.

Cornejo.—Especialista en navegación sideral del C. G. terrestre.

Young.—Especialista en química.

Ike Hu—Jefe de los atacantes.

Huc.—Ayudante principal de Ike Hu.

Han.—Piloto de Aloa Ka.

PRINTED IN SPAIN



I

Quizás causó alguna sorpresa a los distraídos radioescuchas que seguían la emisión nocturna de Radio Universal. En realidad no parecía tener importancia.

Los programas de noticias, música, idiomas, conferencias, etc. se sucedían, como siempre, desde las nueve de la noche (hora americana), según los cauces previstos normalmente. Sólo de vez en cuando, entre dos piezas de música, o aprovechando la pausa de un orador, se oía la voz del locutor que decía, empleando el idioma internacional convenido para los asuntos de interés mundial:

—Atención, atención…, O. C.

Muchos apenas si repararon en ello; para otros sólo significó una enojosa y reiterada interrupción en el curso normal de las emisiones, pero para Bob Skine, las breves palabras del locutor significaron mucho más.

Una palidez se hizo visible aun a través de la piel bronceada de

su cara.

Desde hace diez años tenía la obligación de escuchar estas emisiones. Durante diez años todo había transcurrido tan normalmente que llegó a pensar que nunca recibiría este mensaje.

Ahora la voz del locutor repetía nuevamente:

—Atención... Atención, O C.

En distintos lugares del planeta, otros hombres, hasta un total de quince, escuchaban con los puños abiertos y los ojos desorbitados por el asombro, la breve llamada del locutor.

Quien los hubiera visto se habría sorprendido de la inmediata actividad que los invadió a todos.

Bob Skine permaneció unos segundos inmóvil, luego se determinó a obrar rápidamente. Accionó un resorte de su telerradar de pulsera y lo puso en comunicación: luego movió las manecillas y marcó una coordinada que jamás había utilizado antes. Un segundo después apareció en la pequeña esfera metálica la imagen en relieve de un hombre de edad avanzada.

—Aquí, el Director General del Departamento 51 de la Tierra.

—Aquí, O. C. —contestó Bob—. Tiene usted instrucciones sobre mi llamada, ¿no es cierto?

—Así es. En las instrucciones generales para la dirección de este departamento, que están en el poder desde hace veinte años, se me advierte que sólo quince hombres conocen esta llamada; y 10 que tengo que hacer en caso de recibirla.

—Pues ha llegado el momento de ponerlo en práctica.

—El «Meteor Alfa» de quince plazas está dispuesto para el despegue. No ha dejado de estarlo en los últimos quinientos años.

—¿Qué espacio libre de vuelo tenemos para poder marchar a toda velocidad?

—Zona de 21.500 a 25.000 metros.

—Dé las órdenes oportunas para un despegue inmediato.

—Se hará enseguida. Mis instrucciones incluyen ir a buscarle para llevarle al lugar de despegue. ¿Cuál es su posición?

—París. Cuadrícula 5984. Punto de precisión Z. 385-0.

Diez minutos más tarde Bob Skine volaba en un avión atómico tipo «Ulises», en compañía del Director de la Compañía.

—¿Tardaremos mucho en llegar?

—Nos encontramos a 3284 km. de la pista de despegue. Es cuestión de unos quince minutos.

Bob guardó silencio.

—Tengo instrucciones de no preguntar nada, pero... ¡me sorprende tanto todo esto! —dijo el Director General—. Durante quinientos años ha estado montado este servicio, sin que jamás nadie tuviera que utilizarlo. Las instrucciones sobre el mismo me

fueron transferidas por mi antecesor, el cual las recibió a la vez del suyo y así desde el principio. Nunca creí que fuera yo quien tuviera que dar las órdenes para su puesta en marcha.

—Tampoco creí ser yo quien lo utilizara —repuso Bob—. No puedo decirle más sino que es de suma importancia que realice este viaje con la mayor rapidez posible.

—Se me olvidaba decirle que he recibido otra llamada semejante a la suya.

—¿Entonces no iré solo?

—No. Dos, de los quince pasajeros posibles, ocuparán sus plazas. He enviado por el otro pasajero a un ayudante mío.

Ya no se habló más hasta que el Director General hizo una seña a Bob indicándole que mirara hacia abajo.

El cohete había aminorado su marcha y se encontraba cerca del suelo.

Abajo Se veía la más imponente mole del «Meteor Alfa», listo para despegar. Cerca de él, otro cohete tipo «Ulises» abría sus puertas laterales para dar paso a un hombre.

Aterrizó el cohete y fue deslizándose hasta emparejar con el que llegó antes. El piloto accionó un resorte y se abrieron las portezuelas por las que salió Bob al exterior.

—¡Que me desintegren la nariz si no es Bob Skine el que tengo ante mis ojos pecadores! —dijo una voz.

Bob se volvió.

—¡Hola, Ernest, viejo infusorio! ¿Entonces eres tú el otro pasajero?

—Sí —repuso Ernest—. Esta era la Zona más próxima a mi actual residencia. ¿Y tú, qué me dices? ¿Has recibido el mensaje... O. C.?

—Calla ahora —cortó Bob.

Se despidieron del Director General de la Zona 51 y subieron al «Meteor Alfa».

—Listo para el despegue —comunicó el piloto.

—En marcha —respondió Bob—. Ya conoce el destino, ¿no?

—Así es. Pista especial de la Zona Cero.

—¿Cuánto tardaremos en llegar?

—Estamos a 7. 200 km. Como tenemos banda libre de vuelo podemos hacerlo en doce minutos.

El «Meteor» despegó insensiblemente y en breves segundos alcanzó la banda libre de vuelo; luego fueron puestos al máximo los motores turbo-nucleares y cruzó el espacio como un pájaro de fuego.

II

La Zona Cero aparecía completamente desierta. Una inmensa plataforma metálica de diez km. de diámetro cubría enteramente lo que una hora antes era la moderna ciudad desde la que se dirigía el destino del Mundo. Todo había desaparecido como por arte de magia. Pero debajo de la plataforma la ciudad seguía su ritmo, sumida en las entrañas de la tierra. Un sol artificial daba luz a las calles con absoluta perfección, y en todas las partes de aquel hormiguero humano, los doscientos mil empleados que servían los distintos organismos se movían con un ritmo febril.

Solamente reinaba un silencio impresionante en el edificio destinado al Directorio General. Los subalternos más inmediatos al Consejo Mundial de Directores se miraban sorprendidos, sin atreverse a manifestar en voz alta sus temores.

La cosa no era para menos: nunca, excepto en las pruebas que se realizaban cada cinco años para mantener en buen estado los mecanismos, se había ocultado la Zona Cero en las entrañas de la tierra para ser luego cubierta por la gigantesca plataforma.

Tampoco, en los últimos dos mil años, se había reunido el M. S. D. (Mando Supremo para la Defensa), si no era en la reunión reglamentaria que se celebraba una vez al año.

Ahora habían sucedido ambas cosas en contra de lo previsto.

Desde hacía cuarenta minutos llegaban uno tras otro los miembros del M. S. D. que ocupaban, silenciosos y preocupados, sus respectivos asientos en el pequeño salón de conferencias del Cuartel General.

Trece miembros del M. S. D. miraban la noble cara del anciano Director General en cuya mirada se adivinaba una gran preocupación. Pero nadie se atrevería a romper el silencio. Todos sabían que no comenzaría la conferencia hasta que estuvieran reunidos los quince.

Una señal luminosa precedió a un breve mensaje de la Central de Control:

—Aquí Central de Control. Gamma y Sigma acaban de llegar.

—Que pasen enseguida —contestó el Director General por el micrófono.

Eran los nombres clave de Bob y Ernest. Poco después hacían ambos su aparición en el salón. Después de saludar brevemente a sus compañeros tomaron asiento.

El Director hizo una seña y tornó la palabra:

—Señores y amigos: No podemos perder tiempo en largos preámbulos. Les he convocado a ustedes por medio de la clave O. C. y ya saben lo que esto significa: la Tierra está amenazada por una invasión cuyo alcance no es posible prever, pero que, en cualquier caso, se presenta catastrófica. El profesor Haston, como Jefe de Astronomía de este Consejo les completará la información.

Haston tomó la palabra y con el grave acento doctoral que le caracterizaba se dirigió a los reunidos:

—Las palabras del Director General se fundan en la evidencia de que nuestra colonia cósmica Marte ha sido atacada con éxito. De todos es conocido cómo en ochocientos años, en los albores de nuestra expansión cósmica, fundamos la colonia en este planeta deshabitado, como así mismo el inmenso trabajo realizado durante los primeros doscientos años para regenerar su atmósfera y hacerlo habitable.

»Los adelantos médicos y quirúrgicos de la Tierra disminuyeron de tal modo la mortalidad y prolongaron de tal manera la vida, que nos obligaron a buscar nuevas zonas de habitabilidad. El planeta Marte será absolutamente necesario a los terrestres dentro de mil años. Actualmente ya habían sido enviados los primeros contingentes humanos, envíos estos que sirvieron para descongestionar las zonas 32 y 51. Pero hoy, señores, Marte es un inmenso cementerio. Los desconocidos atacantes, provistos de poderosos medios de destrucción, han atacado con increíble celeridad y una crueldad perfecta. En el espacio de unas horas han destruido totalmente nuestras ciudades marcianas y ocupado el planeta. Es seguro que el próximo objetivo sea la Tierra.

»Nuestras máquinas cinematográficas tempo-espaciales han conseguido, remontando la trayectoria de las ondas luminosas, sacar un film retrospectivo de la operación, el cual voy a pasar ante ustedes.

Haston puso en marcha el proyector y, ante los ojos de todos, pasó la cinta alucinante de la invasión.

Una poderosa formación de astronaves, de diversas formas y tamaños, apareció sobre el cielo de Marte. En unos segundos acortaron la inmensa distancia hasta situarse a unos mil km. de altura. Luego se destacó una escuadrilla de siete aparatos en formación triangular. El que formaba el vértice apuntado hacia Marte emitió un destello y un finísimo brillante rayo quedó suspendido a trescientos metros del suelo, pasando por encima de las ocho ciudades que formaban la colonia marciana. La escuadrilla evolucionó hasta enfrentar uno de los extremos de aquel rayo flotante. Lo que siguió luego fue infernal. Una terrible serie de

explosiones encadenadas recorrió en pocos segundos aquella delgada línea de cientos de kilómetros.

Las naves habían remontado el vuelo y se mantenían a unos kilómetros por encima de la catástrofe.

Cuando se hubo disipado la inmensa nube fosforescente que cubría el objetivo pareció una montaña de tierra humeante en lo que antes fueron modernas y civilizadas ciudades. Poco después, en perfecta formación, iban aterrizando las escuadrillas sobre el desolado planeta.

La proyección había terminado. La sorpresa y la indignación se reflejaba en la cara de todos los asistentes.

—Es terrible —musitó Bob.

—¡Una explosión atómica en cadena limitada! —dijo Rolando, el Jefe de Física del Cuartel General.

Anselmi, el Coordinador General, tomó la palabra:

—Creo que estarnos todos de acuerdo sobre este punto. No conocemos el procedimiento de que se sirven, pero los efectos son de fácil diagnóstico. Veamos otro punto. ¿Qué velocidad cree que llevan esas astronaves, Ernest?

—Es difícil responder con precisión, pero la creo superior a los ciento cincuenta mil kms. hora. Su límite superior no es posible predecirlo, pero con toda probabilidad, es diez o cien o quizás mil veces superior.

—Si son esas las astronaves con las que han hecho el viaje desde su lejana estrella podemos estar seguros de que es así —repuso Haston.

—Lo más probable es que hayan partido de bases establecidas en forma de satélites artificiales —dijo Cornejo, el experto en vuelos siderales.

—¿Usted cree, Ernest, que disponemos de aparatos capaces de competir con esos? —preguntó el Coordinador General.

—Sinceramente, no. Desde luego el «Meteor Alfa» estoy seguro de que no sirve. Quizás nuestra única esperanza está en los modernísimos «Sideral Comet», de los que, afortunadamente, está recién equipado mi Comando Aéreo. Así y todo soy escéptico.

La suave voz del Director General impuso silencio.

—Creo, amigos, que estamos de acuerdo en los puntos fundamentales. No podemos perder ni un solo segundo. Nuestra estrategia está determinada desde hace quinientos años. Ha llegado, pues, el momento de poner en marcha la «Operación Cefeida». Todos ustedes han vivido, desde que fueron nombrados para el puesto que ocupan, para realizar esta operación de defensa de la Tierra, si es que las circunstancias lo exigen.

»La desgracia ha querido que hoy, 23 de agosto de 5394,

hayamos de jugarnos, a una sola carta, el destino de la humanidad. Espero que cada uno sabrá cumplir con el deber que se lo tiene asignado y que la victoria corone nuestros esfuerzos.

Luego se dirigió a Anselmi para decirle:

—Profesor Anselmi, mi gobierno ha acordado poner en marcha la «Operación Cefeida» y le autoriza a usted corno ejecutor de la misma, para que disponga todo lo necesario.

—Gracias, señor —repuso Anselmi—. Usted, Bob y usted, Ernest, como Jefes de Operaciones y Comandos respectivamente, deben ser los primeros en actuar. Procedan según los planes previstos. Los demás dispónganse a trasladarse inmediatamente a nuestro Cuartel General Avanzado de la Luna.

Bob y Ernest estrecharon la mano de los asistentes y salieron.

La suerte estaba echada.

III

El Océano Pacífico aparecía abajo como un espejo de acero bruñido. La poderosa astronave en que iban Bob y Ernest volaba a mil kms. de altura sobre la quieta superficie del mar. Protegiendo su vuelo, una poderosa escuadrilla de «Sideral Comet».

—Atención, piloto —dijo Bob—. Nos aproximamos. Reduzca la velocidad dos tercios.

—Reduzco.

—Atención, control. Disponga el Liberador X.

—Dispuesto —contestó el control.

—Atención, máquinas. Dispongan el regulador de vuelo a distancia.

—Dispuesto —contestó el Jefe de máquinas.

—0900, estable, para el primero —continuó Bob—. 0900 en crucero.

—0900 estable para el primero —repitió la voz,

—0899, estable, para el segundo.

—0899, estable para el segundo —repitió el Jefe de máquinas.

—Esa será la tónica —continuó Bob—. Una unidad menos para cada uno.

—De acuerdo —respondió el maquinista.

—¡Por las barbas del cometa Halley —dijo Ernest—, no entiendo ni una palabra de todo esto Bob!

—Vamos a comenzar el despegue. Eso es todo.

—Sí, eso ya lo sé, pero tengo una idea muy vaga de lo que va a suceder.

—Siempre me ha maravillado la dura estructura de tu cerebro, Ernest.

—¡Por los cuernos de la Constelación del Toro! ¡No eres justo! Sabes que mi participación en la «Operación Cefeida» es un poco especial. Como Jefe de Comandos mi labor es, en cierto modo, independiente. Mis instrucciones son: primero, defenderte mientras realizas este trabajo. Segundo, actuar según lo que las circunstancias indiquen en el futuro. De lo demás apenas estoy informado.

—Como sabes, querido Ernest, hace quinientos cincuenta y dos años que el profesor Roemer, con motivo de unas investigaciones hechas sobre las estrellas del grupo de las Cefeidas, llegó a la conclusión, comprobada más tarde, de que era posible la existencia

de seres vivos en otras estrellas de nuestra galaxia. No fue posible concretar mucho más, pero inmediatamente surgió la necesidad de proteger a la Tierra de cualquier eventualidad. Desde que se unificó el mundo, dos mil años antes, se abandonó por completo la política de armamentos. Era, pues, preciso organizar un plan de defensa de nuestro planeta que estuviera siempre en disposición de ser llevado a la práctica en pocas horas.

—Sí, todo eso lo sé.

—A ese plan se le puso el nombre de «Operación Cefeida».

—De acuerdo.

—Pues bien: en el fondo del Océano Pacífico y a lo largo de tres mil kilómetros reposan novecientos enormes giróscopos.

—Sí. Algo de eso tengo entendido.

—Esos giróscopos son poderosos núcleos de materia cuya densidad es infinitamente superior a la del cuerpo más denso que pueda dar la naturaleza, de tal manera que cada uno encierra una masa equivalente a la de la Luna, lo cual le da una fuerza de gravedad igual a la de ésta.

—¡Ajá! Me parece que voy entendiendo, Bob.

—Estos giróscopos disponen de motores independientes, accionables por un cerebro electrónico, al que yo ordeno con este cuadro de mandos. Cuando haga funcionar el Liberador X, esos motores se pondrán en marcha, haciendo emerger a los giróscopos del fondo del mar y, luego, la inmensa caravana seguirá en vuelo hasta quinientos mil kilómetros de distancia de la Tierra —más allá de la Luna—, donde serán distribuidos en una superficie esférica concéntrica con la de la Tierra, de tal forma que cualquier astronave que intente penetrar hasta nuestro planeta será atraída por el giróscopo más próximo, contra el que chocará.

—Es fantástico.

—Sí; hay que reconocer que nuestros antepasados tenían talento y sabían hacer las cosas.

—Pero… si esos giróscopos han de ocupar la superficie de una esfera que tiene quinientos mil kilómetros de radio, su fuerza de atracción no ha de ser suficiente para evitar que haya alguna «rendija» por donde pueda pasar un cuerpo sin ser atraído, pues novecientos giróscopos son muy pocos.

—Querido Ernest, observo que, a pesar de la primitiva estructura de tu cerebro, sólo comparable a la del hombre del siglo XX, aún sabes las suficientes matemáticas para calcular la fuerza de atracción de estos giróscopos en el espacio; la distancia que ha de separarlos es tal que los límites de su fuerza gravitatoria dejarían espacios «en blanco», por donde sería fácil pasar. Pero estos giróscopos encierran a su vez un poderoso campo electromagnético

que acrecienta su campo de acción, con lo cual se consigue hacer una red perfecta.

—¡Por los cuernos de la Constelación del Toro! Empiezo a creer que somos invulnerables.

—Así sea —repuso Bob con gesto preocupado.

—Atención, comandante. Aquí, control.

—Diga.

—Nos encontramos en posición cero novecientos.

—Accione el Liberador X.

—Atención, máquinas —dijo Bob.

—Acciono.

—Dispuesto máquinas.

—Ya a salir el primero. Cero novecientos, estable. Cero novecientos en crucero.

—Dispuesto —contestó el jefe de máquinas.

La cristalina superficie del mar comenzó a romperse en una extensa área. Grandes remolinos precedieron a un burbujeo inmenso, como si el mar comenzara a hervir. Luego una inmensa capa de espuma manchó de blanco el impecable azul de las aguas.

—Atención, máquinas, actúe el neutralizador de gravedad,

—Hecho —respondió una voz.

—Gracias al neutralizador —explicó Bob—, el propio giróscopo crea un campo anti-gravitatorio que lo hace inofensivo, de lo contrario seríamos nosotros las primeras víctimas.

—Comprendido.

De entre la blanca espuma surgió majestuosamente una gran plataforma que, girando a gran velocidad, comenzó a ascender lentamente.

—Máquinas, estabilice cero novecientos a diez mil metros de altura.

—Está bien; estabilizaré.

—Control, accione Liberador X para cero ochocientos noventa y nueve.

—Acciono.

La Operación Cefeida había comenzado su primera fase.

El inmenso rebaño avanzaba a cincuenta mil kilómetros por hora por el espacio. Una oscuridad absoluta envolvía la operación, que Bob dirigía merced a los maravillosos aparatos de su astro nave. La Tierra era un espejo brillante unas cinco veces mayor que el disco de la Luna en su plenilunio y la Luna se veía como un planeta gigantesco.

—Oye, Bob, debemos tener un techo de más de cuatrocientos mil kilómetros, ¿no es así?

—Sí, pronto vamos a comenzar nuestra siembra.

—Espero que la cosecha sea la vida y la libertad de la Tierra.

—Ha llegado mi hora —dijo Ernest al mismo tiempo que ponía en marcha su transmisor de telerradar y lanzó una señal clave.

—Atención, Luna: Preparados para nuestro próximo aterrizaje. Satélites artificiales uno al noventa: ocupen zonas previstas; noventa y uno al ciento veinte: modifiquen ocho grados su posición según circunferencia media. En la proximidad de los giróscopos hay que poner en marcha los turborreactores antigravitatorios. Acusen recibo de la orden.

En el espacio de unos segundos fueron llegando las señales luminosas que acusaban recibo de la orden. Las poderosas escuadrillas de «Sideral Comet», desde las ciento veinte plataformas satélites, estaban dispuestas para entrar en acción.

La segunda fase de la O. C. estaba a punto.

IV

En Marte se desarrollaba en aquel momento la última escena del drama.

Unos hombres, vestidos extrañamente, iban ocupando aquellos inmensos cementerios.

Un menguado grupo de terrestres, milagrosamente ileso, se mantenía en pie, difícilmente, bajo la luz difusa que alumbraba la sala central de una de las poderosas astronaves enemigas.

Asombrados y llenos de terror esperaban.

Sus guardianes parecían ocultar, bajo aquellos extraños indumentos, una figura semejante a la de los hombres de la Tierra.

Una pequeña puerta de metal se abrió mecánicamente y entró un hombre con una mujer.

Para hacerse entender por el aterrorizado grupo empleaban el idioma internacional de la Tierra, que hablaban muy bien, excepto una pequeña dificultad al pronunciar algunas letras.

El hombre habló primero:

—Pasa, Aloa Ka —dijo haciéndose a un lado para dejar paso a la mujer.

La mujer se adelantó y recibió de pleno la luz. Era extraordinariamente hermosa y bien formada. En su cara se percibía el gesto de preocupación y disgusto.

—He aquí lo que queda —continuó el hombre— de este grupo de seres primitivos. Me asombra que se parezcan a nosotros, ¡es tan rudimentaria su civilización!

—No es justo lo que has hecho, Ike Hu —respondió la mujer—. No fueron estas las instrucciones que te dio mi padre.

—El Gran Anciano —respondió el aludido— sabe gobernar nuestro pueblo, pero no sabe hacer la guerra.

—Pero no veníamos a hacer la guerra, sino a concertar un tratado; tú lo sabes.

—Como jefe de esta expedición he obrado según he creído necesario. No podía arriesgarme a que estos hombres primitivos nos hiciesen fracasar. No sé por qué te preocupas, Aloa Ka. En nuestro gran país sacrificamos al año millones de animales sin el menor reparo, y estos seres apenas si se diferencian de ellos. Nuestra sabiduría nos hace estar por encima de la vida y de la muerte.

—Tu sabiduría, Ike Hu, se ha convertido en soberbia y atraerá el castigo sobre tu cabeza.

—En nuestros doce años de viaje te has vuelto muy débil, Aloa Ka.

—Tú eres incapaz de entender esto.

—Está bien. Perdona que no sigamos esta inútil discusión. Aún hay que resolver muchas cosas.

Ike Hu se dirigió con fría precisión a los espantados terrestres.

—Habéis visto cuán fácil ha sido destruirlos. Nada podéis contra nosotros. Los hombres de nuestro planeta, Igorokán, necesitan más tierra habitable, y sólo vuestro planeta y éste reúnen las condiciones necesarias. Si queréis vivir —aun siendo nuestros esclavos—, necesito que me informéis detalladamente de las condiciones defensivas de la Tierra. Hablad.

El viejo Orlando habló en nombre de todos:

—Quien quiera que seas, eres, por tus actos, un monstruo. Nuestros labios no volverán a abrirse si no es para maldecirte.

Un relámpago de ira cruzó por los ojos de Ike Hu. De un anillo metálico que llevaba en el dedo corazón de su mano derecha surgió un breve destello y Orlando cayó fulminado y sin vida.

Aloa Ka lanzó un grito, luego se volvió airada contra Ike Hu.

—Informaré a mi padre de tu actitud. Tendrás que comparecer ante el Gran Consejo.

—Quizá el Gran Consejo tenga que escuchar respetuosamente a Ike Hu. Gracias a mi actuación podrán seguir viviendo.

Aloa Ka hizo un esfuerzo por contenerse y salió del recinto. Poco después Ike Hu acababa con la vida de aquellos desdichados y luego, volviéndose hacia uno de sus ayudantes, dijo con fría voz:

—Huc, preparados para la última etapa de nuestro viaje.

—Todo está dispuesto.

—Entonces… ¡En marcha hacia la Tierra!

V

Desde el Cuartel General de la Luna los aparatos de radar exploraban el cielo.

Haston consultaba incesantemente la pantalla donde se resumían todas las observaciones.

—No creo que tarden mucho en aparecer. La pantalla registra su aproximación, pero todavía no puede materializar la figura.

—¿Qué velocidad llevan? —preguntó Anselmi con aire preocupado.

Un ayudante de Haston miró el espectrógrafo.

—Por el desplazamiento del espectro se pueden calcular unos sesenta mil kilómetros por minuto.

Anselmi hizo un signo de satisfacción.

—Aunque llevaran una velocidad cinco veces superior no me preocuparía mucho.

—Tendrían que superarla mucho más para conseguir neutralizar con su empuje la fuerza de atracción de los giróscopos —dijo Bob.

—No es probable que puedan conseguir una velocidad de ese tipo —repuso Haston—. Yo creo…

Una llamada en el cuadro de mandos interrumpió a Haston. La voz de Ernest se escuchó por el altavoz:

—Aquí plataforma Comando. En este momento acabamos de divisar fuerzas enemigas aproximándose a gran velocidad. Dirección E. N. S. entre las plataformas 281-82-83.

Todos se abalanzaron sobre la pantalla telescópica. En efecto, lo que hasta entonces había sido una simple vibración luminosa, fue materializándose hasta convertirse en la imagen de gran número de astronaves que avanzaban en formación perfecta.

—¿Qué tiempo tardarán en ser atraídos por los giróscopos, profesor? —preguntó Anselmi.

—Unos veinte segundos —respondió el profesor Cornejo.

—Dios quiera que todo salga bien.

Bob comunicó con Ernest.

—Dime, Bob.

—Es preciso que dejéis estrellarse las primeras oleadas contra los giróscopos. Las últimas supongo que darán la vuelta antes de entrar en el campo gravitatorio, entonces debes atacar con los grupos 80 a 112 de «Sideral Comet», haciendo la salida en un ángulo de setenta y cinco grados.

—Está bien, Bob. ¡Por el perihelio de Mercurio que me gustaría echarle la mano a una astronave de esas!

—Que tengas buena suerte, Ernest.

Haston interrumpió el diálogo con un grito.

—¡Ya se inicia la desviación del primer grupo!

Efectivamente; en la pantalla general podía notarse una sensible desviación de la trayectoria seguida hasta entonces por las naves planetarias.

—Máxima intensidad electromagnética para los giróscopos —ordenó Bob.

VI

En la nave de mando del primer grupo atacante reinaba la mayor confusión. El jefe del grupo vociferaba maldiciones en su extraño idioma, cuya traducción podría ser la siguiente:

—¡Imbéciles! ¡Partida de inútiles! ¡Piloto!

—¡Comandante! —dijo el segundo jefe del grupo.

—¡Silencio! ¡Piloto!

—Dime, Comandante.

—¿Qué sucede?

—¡No lo sé, Comandante!

—¡Sufrimos una desviación de nuestra trayectoria! —rugió el comandante.

—Ya lo sé, pero no sé a qué atribuirlo.

—¡Máquinas!

—Aquí, máquinas.

—¡A toda marcha! Variación dos grados, doce minutos. La ecuación de vuelo está equivocada.

—Acaba de comprobarla el cerebro electrónico y está bien —dijo el segundo comandante.

—¡No puede ser! —gritó el comandante.

—Comandante, hemos entrado en un campo gravitatorio imprevisto —dijo el piloto.

—¡Maldita sea! —el comandante se abalanzó al radar sónico.

—Aquí el jefe del grupo cero. Orden a todas las naves: Variación ciento ochenta grados. Velocidad máxima.

Luego se dirigió a su propio piloto:

—Variación ciento ochenta.

—No puedo, comandante.

—¡Cómo! —rugió el comandante en el colmo de la excitación.

—¡Allí, comandante, mira, mira! —gritó el segundo jefe.

Todos miraron, a través de la cabina transparente, en la dirección señalada. En lontananza se veía aparecer el giróscopo 281, majestuoso en su espléndida soledad. Las astronaves se dirigían hacia él a una velocidad tremenda.

—¡Motores de retroceso al máximo! —gritó el comandante—. ¡Variación ciento ochenta!

* * *

—Atención, Ernest.

—Preparado, Bob.

—Podéis salir ya. Dentro de unos segundos habrán chocado con el giróscopo 281.

—Hasta la vista, Bob.

Sobre la pantalla telescópica podía seguirse, segundo a segundo, la marcha de la operación. Las primeras oleadas de astronaves se aproximaban hacia el giróscopo. Ninguna fuerza era ya capaz de evitar el choque. El primer grupo entró en contacto con el giróscopo. Cada nave se convirtió en un relámpago de luz, desintegrada por el brutal choque.

Un ¡hurra! estentóreo llenó los ámbitos del Cuartel General.

Luego se repitió la escena, hasta que el giróscopo 281 pareció una estrella centelleante.

¡Las últimas oleadas del primer grupo atacante, que aún no habían caído en el campo gravitatorio iniciaban un retroceso en ángulo de ciento ochenta grados.

—Todo ha ido bien —murmuró Anselmi. — Le felicito, Bob.

—Gracias, profesor, pero aún no hemos terminado.

—Es verdad, esperamos que todo le vaya bien a Ernest.

* * *

—Grupo 2-Z-2. Formaciones enemigas a la vista. Posición 4-3-2-0. Punto de precisión, V-3.

—Conforme —dijo Ernest— Ataquen en ángulo abierto. Corto. Series X, Y, V, sitúense en precisión V-3, referencia 4-3-2-0; dispuestos a intervenir en V-3, 4-3-2-0. Corto.

—Grupo 2-Z-2. Entramos en contacto con el enemigo.

El comandante del grupo 2-Z-2 transmitió una orden:

—Tubos de rayos cósmicos preparados.

Delante, varias formaciones de naves enemigas marchaban a toda velocidad.

—¡Fuego! —ordenó el comandante.

Todos los «Sideral Comet» del grupo 2-Z-2 hicieron actuar los tubos de rayos cósmicos.

El comandante miró ansiosamente hacia las naves enemigas. ¡No había sucedido nada!

—Es asombroso —murmuró.

—Comandante, no lo entiendo —dijo el jefe de tiro.

—Ni yo. Envíe otra descarga.

El jefe de tiro accionó nuevamente los tubos de rayos cósmicos.

—Nada, comandante. No conseguimos hacerles mella.

La voz de Ernest se oyó en el altavoz del radio- radar.

—¿Qué sucede, Richard?

—No puedo comprenderlo. Nuestros rayos cósmicos les son indiferentes. Nuestros aparatos de control indican que sé detienen a mil metros de las naves enemigas. No consigo entenderlo.

De pronto, una de las naves enemigas emitió un destello en forma de abanico. Un segundo después todos los «Sideral Comet» del grupo 2-Z-2 que cayeron bajo el área de acción de este destello estallaron en el aire como gigantescas bombas.

* * *

En el Cuartel General hubo un momento de estupor.

Bob se puso en comunicación con Ernest.

—¿Has visto?

—Sí, Bob.

—Puesto que se retiran vuélvete a tu base.

—Lo siento, pero es preciso que intente cazar a uno para ver de qué armas disponen.

—Mi orden es que te vuelvas.

—Bob, comprende que no debo obedecerte. Richard y los camaradas de su grupo han muerto. Yo debo dar el ejemplo a mis hombres.

—Es un sacrificio inútil. Piensa que te necesitamos.

Rolando, el jefe de Física, intervino.

—Ernest, vuelva usted.

—Déjenme probar. Pondré en juego todas las armas de que dispongo. El pobre Richard no tuvo tiempo de hacer uso de ellas.

—¿Qué pretendes? —terció Bob.

—Quiero probar un rayo de iones radioactivos; quizás esto destruya, si no el aparato, sí la vida de los tripulantes.

—Quizás estás en lo cierto —dijo Bob—. Espero que salgas adelante. Que Dios te acompañe.

—Oiga —intervino Rolando—, tal vez pueda usted, Ernest, librarse del rayo que ha destruido a Richard y los suyos. Tengo la sospecha de que se trata de protones, extraordinariamente acelerados, que al bombardear los átomos del fuselaje, provocan una explosión atómica. Si usted emplea la fuerza de tensión del neutralizador de gravedad quizás consiga rechazar los protones.

—Gracias, profesor, por el consejo. Espero que volvamos a vernos.

El aparato de Ernest cruzaba el espacio a la velocidad del rayo.

—Neutralizador de gravedad, en marcha —ordenó.

Las últimas naves enemigas se encontraban a unos cincuenta mil metros de distancia.

—Jefe de tiro.

—Dispuesto jefe de tiro —contestó una voz.

—Disparen una andanada de iones radioactivos.

—Disparo —contestó la voz.

Ernest miró por el teleobjetivo. Las naves enemigas seguían su marcha imperturbable.

—Fuego —ordenó Ernest.

—Disparo —contestó el jefe de tiro.

Pasaron unos segundos.

—¡Por Marte, que me están poniendo nervioso esa partida de desvergonzados!

—¡Dispare otra vez!

—Disparo —contestó con voz monótona el jefe de tiro.

Eran inútiles todos los esfuerzos. Las naves enemigas seguían su marcha sin el menor contratiempo. De pronto salió un relámpago azulado de la última nave enemiga.

A Ernest le dio un vuelco el corazón. Pasaron unos segundos. Luego la nave interplanetaria lanzó otro destello y después otro.

—¡Hurra, muchachos! —gritó Ernest—. Hemos conseguido neutralizar los rayos de nuestros enemigos.

El jefe de control transmitió un informe.

—Aquí, control.

—Hable.

—El contador Geiger señala una intensa radioactividad a tres mil metros de nuestra nave.

—Esto confirma la teoría de Rolando. ¡Piloto! Acerquémonos más. ¡A toda marcha!

El «Sideral Comet» acortó las distancias. Ya se encontraba a cuatro mil metros de las últimas naves enemigas cuando una de ellas dejó escapar un azulado chorro de gas, en el que quedó envuelta la nave de Ernest. En una fracción de segundo se convirtió el gas en un bloque de materia, parecida al hielo pero mucho más blanca, en que quedó aprisionado el aparato de Ernest. Poco después caían, bloque y nave, con creciente velocidad.

Bob no pudo reprimir una exclamación de rabia.

Los hombres del Cuartel General se miraron sorprendidos. Durante unos segundos reinó un angustioso silencio que llenó de pesadumbre la estancia. Finalmente habló Anselmi:

—No podíamos esperar otra cosa. Quienes han sido capaces de realizar un viaje interplanetario han de disponer de extraordinarios

medios técnicos. Nuestros aparatos son vulnerables a sus armas; esa es la primera lección de esta dolorosa experiencia.

—Y yo me atrevería a decir— intervino Haston— que la segunda lección es el poder constatar que las naves enemigas son invulnerables a nuestras armas.

—Ernest y sus colaboradores han caído —musitó Bob.

—Así es —repuso Anselmi con voz emocionada—. Todos lo sentimos, Bob, pero es tan grave la situación que no tenemos tiempo para llorar a nuestros muertos.

—Ya lo sé, profesor. No hay tiempo para lamentarse. Tengo que dar algunas órdenes.

Bob actuó el telerradar.

—Atención... Atención... Llamo a Plataforma Comando.

—Plataforma Comando al habla.

—Segundo jefe del Comando Aéreo, hágase cargo de las operaciones.

—De acuerdo, Bob. Estoy enterado de lo que ha sucedido a Ernest. Nuestros aparatos han registrado su caída, tangente al giróscopo 281. La velocidad de caída le ha permitido neutralizar la fuerza de atracción del giróscopo y se dirige hacia la Tierra. ¡Que Dios se apiade de su alma!

—Así sea, León. Espero que todos cumplirán con su deber como lo ha hecho Ernest.

—Ten la seguridad de ello, Bob.

Haston —que observaba incesantemente la pantalla telescópica — interrumpió el diálogo.

—Un nuevo aparato enemigo se dirige hacia aquí. Posición: giróscopo 278.

—Es extraño —dijo Anselmi—. ¿Qué pretenderá?

Bob tomó una decisión. Puso en marcha su telerradar de pulsera y comunicó con el aeródromo del Cuartel General.

—Aquí, Jefe de Operaciones.

—Aeródromo al habla.

—Dispongan mi aparato. Vamos a salir de caza.

—¿Qué va usted a hacer? —preguntó el profesor Cornejo.

—Es preciso obligar a ese aparato a que aterrice —contestó Bob —. Yo mismo dirigiré la maniobra.

—No me parece prudente —terció Anselmi.

—Lo siento, profesor, pero la situación requiere más audacia que prudencia. Sólo el fuerte puede ser prudente y no somos nosotros los más fuertes.

—Tiene razón Bob —intervino Young—. Hemos de cazar un aparato de esos si es que queremos luchar con algunas probabilidades de éxito.

—No hay tiempo que perder —dijo Bob.

—Vámonos —continuó Young.

—No es preciso que se arriesgue usted —dijo Bob.

—Es un riesgo necesario. Llevaré mi detector de materiales para ver si puedo deducir qué material es el empleado en esos aparatos.

—Quizás sea lo mejor —corroboró Anselmi.

Bob y Young se pusieron el traje especial para poder salir de la cúpula en que estaba el Cuartel General y se encaminaron hacia el aeródromo. Unos minutos después despegaba el «Sideral Comet» que los llevaba.

Bob comunicó con la Plataforma del Comando.

—Oye, León: envía los grupos 3-Z-2 y 5-Z-3 a referencia X-1.

—Están lanzados en aquella dirección. Hemos detectado la presencia por allí de un aparato enemigo.

—Da orden de que no disparen. Intentaremos obligarle a que aterrice.

—De acuerdo. Sería una gran cosa que lo consiguiéramos. Procuraremos hacerle un «techo» del que no pueda salir.

—Muy bien. Yo voy hacia allá.

El «Sideral Comet» aceleró. Aun con sus doscientos cincuenta metros de envergadura parecía perderse en la inmensidad del espacio. Alejado de todo sistema de referencia parecía estar inmóvil. En la habitual oscuridad del espacio vacío pudo verse a lo lejos un punto centelleante, producido por el choque de los rayos solares contra un cuerpo. Bob miró por el visor telescópico y pudo apreciar las características del aparato. Se trataba de una especie de «platillo volante» de los que se usaban en la Tierra dos mil años antes, aunque más rápido y, en apariencia, más perfecto. Flanqueándolo iban los «Sideral Comet» del grupo 3-Z-2 y, por encima, como un inmenso techo, el grupo 5-Z-3, desplegado majestuosamente..

El platillo maniobraba con gran habilidad pretendiendo esquivar aquel cerco implacable, pero era inútil.

El cerebro electrónico de los «Sideral Comet» regulaba el vuelo según las maniobras del platillo volante.

Súbitamente, y de manera asombrosa, el aparato picó en ángulo de noventa grados, luego, casi sin interrupción, volvió a realizar la misma maniobra quedando en vuelo invertido y marchando en dirección contraria a la seguida hasta entonces. Los «Sideral Comet» no pudieron maniobrar con la misma rapidez.

—¿Ha visto, Bob?

—Ha sido una maniobra perfecta. Me asombra la extraordinaria capacidad de ese aparato para cambiar la dirección del vuelo.

—La cabina de la tripulación debe tener un maravilloso

mecanismo de adaptación para que los tripulantes puedan resistir semejante cambio. A no ser que sean seres distintos a nosotros.

—Me inclino por la primera suposición. Vamos a intentar cortarle el paso. Su camino hacia Marte pasa por encima de nosotros.

—Quizás lleguemos a tiempo.

—Vuelo vertical a toda velocidad —ordenó Bob.

—Creo que llegaremos antes que ellos al punto de cruce — auguró Young.

En efecto, poco después el «Sideral Comet» se enfrentaba con el platillo.

La nave enemiga maniobró para esquivarlo pero ello le condujo a quedar de nuevo aprisionada entre los grupos 3-Z-2 y 5-Z-3 que le iban a la zaga.

—Grupo 5-Z-3, destaque una escuadrilla debajo de la nave enemiga para evitar que vuelva a maniobrar como antes —ordenó Bob—. Grupo 3-Z-2, destaque dos escuadrillas detrás.

La trampa era perfecta. El aparato enemigo dejó de luchar y se dirigió hacia la Luna.

—Es extraño que no haya empleado sus armas, ¿no le parece?

—Así es —repuso Bob—. Aunque no me fío de esa gente.

Bob se puso en contacto con el Cuartel General.

—Nave enemiga se dispone a aterrizar; tomen precauciones.

Unos minutos después la nave enemiga volaba sobre la inhóspita superficie de la Luna.

—Nos acercamos al Cuartel General, Bob. ¿No cree peligroso dejar a ese aparato llegar hasta allí?

— Hay que correr ese riesgo, profesor. Hasta el momento no ha dado muestras de hostilidad.

— Quizás sea una estratagema.

—O quizás se le han estropeado las armas o se ha quedado sin combustible para regresar a su base. De cualquier modo que sea hemos de arriesgarnos. Creo que, aunque lo intentara, no conseguiría destruir la cúpula de nuestro Cuartel General.

— Desde luego que no, al menos con las armas que nos han mostrado hasta ahora.

En la pantalla de telerradar hubo una señal y luego apareció la noble cara del anciano Anselmi.

—Hemos tomado todas las medidas necesarias. ¿Intentará obligarle a aterrizar?

—Así es, profesor.

— He recibido un mensaje de la Tierra. El Director General comunica que ha sido dominado el pánico y confía en nuestro triunfo.

—Así sea —replicó Bob.

La cara de Anselmi se desvaneció de la pantalla. Bob tuvo un pensamiento de admiración hacia este sabio que tan noblemente enfrentaba la extraordinaria situación. Anselmi era un símbolo de cuanto en la Tierra era digno de admirarse y defenderse. Sus descubrimientos científicos habían sido un gran bien para la Humanidad, esa Humanidad que ahora se jugaba su destino a una sola carta.

Pasada la época bárbara de las guerras atómicas, el mundo habla comenzado, por fin, a transformar la sabiduría de los hombres en instrumentos de paz y prosperidad. Una larga cadena de seres abnegados como el viejo profesor, había forjado con su perseverancia y su sacrificio un mundo digno de la criatura humana.

Ernest, Richard y otros habían caído en defensa de ese mundo y esto era un acicate más para entregarse a la lucha en cuerpo y alma. Bob conocía su responsabilidad y la de aquel maravilloso grupo de sabios y esforzados pilotos, apoyados por todos los pueblos de la Tierra, unidos y animados por el mismo espíritu que unió a los hombres de otras tiempos para curar las cicatrices de la guerra atómica de 1968, o para la gran campaña contra el cáncer que terminó con este azote en 1973, o para el primer viaje a la Luna, realizado en 1981.

Quizás los desconocidos enemigos siderales tuvieran mayor fuerza destructiva que los terrestres pero el corazón del hombre también entraba en la partida con toda su capacidad de supervivencia.

El altavoz del telerradar transmitió un breve mensaje.

Nave enemiga se dispone a aterrizar.

Bob miró a través de su cabina. Abajo se veía la árida superficie de la Lima enmarcando la bruñida extensión plástica de la pista de aterrizaje.

La cúpula del Cuartel General parecía una límpida burbuja de aire.

El platillo evolucionó sobre el campo, estrechamente cercado por las escuadrillas de «Sideral Comet»; luego, majestuosamente, se posó en el suelo.

Todos los «Sideral Comet» aterrizaron formando un círculo alrededor del platillo, excepto una escuadrilla que continuó evolucionando sobre él.

Pasaron unos segundos de inmensa tensión. La cúpula de la nave interplanetaria comenzó a girar sobre un eje excéntrico, dejando al descubierto el interior de la nave, luego, una parte de la superficie lateral comenzó a deslizarse hacia la tierra a la manera de las

escaleras llamadas «sin fin».

Bob transmitió una orden escueta:

— Todas las armas preparadas.

Saliendo del interior del platillo y trasportados por la escalera deslizante aparecieron dos seres que, aun dentro de su extraño atavío, parecían tener la forma y dimensiones humanas.

La plataforma llevó a los dos seres hasta el borde de la nave aérea y de allí descendieron al suelo. Caminaron unos cien metros y se quedaron Inmóviles.

—¿Qué le parece, Bob? —preguntó Young con voz de asombro —. ¡Parecen seres como nosotros!

—Así es. No me lo hubiera figurado nunca.

La figura de Anselmi se iluminó en la pantalla

—Ahí los tiene usted, Bob. ¿Qué hacemos ahora?

—No parecen agresivos. Más bien se diría que intentan parlamentar.

—Esa es nuestra opinión. ¿Qué piensa hacer, Bob?

—La cosa no tiene más que una salida: Voy a apresarlos.

Bob transmitió una orden a todos los «Sideral Comet». Un minuto después abrían sus escotillas y depositaban en el suelo un pequeño coche oruga, de los llamados «saltamontes», con dos pasajeros armados cada uno.

Bob y Young se acomodaron así mismo en el suyo. A una orden de Bob avanzaron todos, estrechando el círculo, hasta detenerse a pocos metros de los enemigos, Bob hizo una seña a éstos de que subieran a su vehículo. Al principio parecía que no comprendían, pero inmediatamente reaccionaron y, sin vacilar, subieron al «saltamontes». La comitiva partió a toda velocidad hacia la cúpula del Cuartel General.

* * *

Todos los miembros del Cuartel General estaban turbados por la enorme sorpresa. Aloa Ka, en medio de ellos, se mostraba en toda su espléndida belleza. Junto a ella el otro viajero del platillo permanecía en pie, con gesto preocupado.

—¿Pretende usted —preguntó Bob por segunda vez— que no es nuestra enemiga?

—Así es —repuso Aloa Ka.

—¿Y quién es el hombre que le acompaña?

—Mi piloto, el profesor Han, que me es absolutamente fiel

—Le advierto —continuó Bob— que no nos engañará. Tenemos pruebas más que sobradas de la crueldad de ustedes. Cientos de miles de personas han sido cruelmente asesinadas en nuestra colonia de Marte; millones de seres esperan angustiados en nuestro planeta la brutal acometida de sus malditas naves interplanetarias.

La desolación y la angustia ha hecho presa en sus corazones y ¿quiere usted convencernos de que es nuestra amiga?

—Mi presencia aquí lo demuestra.

—No se fie —terció Haston—. ¡Dios sabe qué treta preparan!

—No hay cuidado, profesor. Ernest y todos los demás que han caído son una prueba de la crueldad de esta gente.

—Le suplico que me crea —dijo Aloa Ka—. He de decirles cosas muy importantes y estamos perdiendo el tiempo.

—Y las dirá usted —gritó Bob— sin necesidad de que creamos que es usted un ángel.

—Mi padre solía decir: «En el corazón de los hombres de Aturg está la palabra».

—¡Al diablo los hombres de Aturg y las tonterías que pudiera decirle su padre! —rugió Bob—. Ahora mismo va usted a decirnos cuáles son sus planes o le aseguro...

Aloa Ka no pudo contenerse más y estalló en un acceso de cólera.

—¡Es usted odioso. Ha perdido la cabeza y un jefe jamás debe perderla. Lo encuentro brutal e ignorante. Quizá el mayor error de mi vida ha sido venir a tratar con seres como usted!

Bob quedó suspenso ante la decisión de la mujer.

Aloa Ka estaba dignamente erguida y en sus bellos ojos centelleantes por la cólera había un matiz de profundo desprecio.

—Profesor Young, prepare una inyección de escopolamina para esta mujer.

—Bob, yo creo... —replicó Young.

Bob cortó rápidamente.

—Ya sé que nuestras leyes prohíben forzar la conciencia humana con el «suero de la verdad», pero no estamos ante seres humanos y la situación no permite ir con vacilaciones.

—Un momento —terció la voz serena de Anselmi—. Hemos de conservar la cabeza serena, Bob; sólo las fieras se defienden como las fieras.

Aloa Ka, que había comprendido lo que pretendió Bob, estalló con ira.

—Tiene razón Ike Hu cuando considera que ustedes no merecen otro trato que el de los seres inferiores.

—Yo creo, profesor Anselmi...

Anselmi corro la frase de Bob con un gesto de su mano.

—Dispénseme.

Luego, dirigiéndose a Aloa Ka, continuó:

—Comprenda usted nuestra actitud. Muchos seres queridos han muerto y otros muchos están en trance de morir. Nuestro Jefe de Operaciones, Bob Skine, acaba de perder a su mejor amigo. Le

ruego que lo disculpe. En nuestro planeta creemos en la dignidad del ser humano y esperamos que sea siempre el corazón quien decida la actitud de los seres. Hemos visto la fuerza de ustedes, pero ahora quiero preguntarle: ¿Tienen ustedes corazón?

Aloa Ka estaba visiblemente conmovida.

—Gracias, señor, por sus palabras. En nuestra lejana estrella, Igorokán, hay un hombre como usted: es mi padre. Yo le saludo en su nombre y contesto a su pregunta diciendo que es el corazón quien me ha traído.

—¿Contestará a nuestras preguntas? —intervino Bob.

—Sí —contestó fríamente Aloa Ka.

Un tropel de preguntas salió de los allí reunidos: ¿Cómo dice que se llama la estrella de donde vienen? ¿De qué materia es el platillo volante? ¿Qué energía emplean en el vuelo? ¿De qué armas dispone?...

Durante tres horas, Aloa Ka contestó cumplidamente a todas las preguntas. Cuando terminó, los cuadernos de Haston, Young, Cornejo, Bob, etc... estaban repletos de notas.

Tras una pausa continuó Aloa Ka:

—Mi padre rige los destinos de Igorokán desde hace mucho tiempo, pero nuestra estrella se está agotando. Dentro de algunas decenas de años estallará para convertirse en una *supernova* y la vida desaparecerá de su superficie. Durante muchos años nuestros sabios han estudiado el espacio para encontrar un sitio donde poder emigrar. Este lugar se encuentra muy cerca del Sol: es un planeta perteneciente al sistema solar. La intención de mi padre no era invadirlo, sino solicitar ser admitidos, pacíficamente, en él. Nuestros medios de navegación sideral son casi ilimitados. Durante doce años terrestres hemos atravesado el espacio aproximándonos hacia ustedes. Mi padre quiso que viniera yo como prueba de buena voluntad. El hombre que dirige la expedición se llama Ike Hu. Es uno de los mayores sabios de nuestra estrella, pero el largo tiempo del viaje lo ha ensoberbecido y cambiado nuestra embajada de paz en una embajada de guerra. Por eso, yo, fiel a las instrucciones de mi padre, he abandonado el campo de mis compatriotas para llegar hasta aquí.

Aloa Ka terminó su discurso. Su gesto había recobrado un aire de noble serenidad.

Todos permanecían en silencio. La mirada de Bob se cruzó con la de Aloa Ka por un instante.

Anselmi rompió el silencio con palabra conmovida.

—Gracias, hija mía. Dios quiera que podamos evitar la catástrofe y acceder a la petición de tu padre

VII

Unas horas después estaban reunidos Bob, Young, Haston y Cornejo.

—¿Qué estrella puede ser esa, profesor Haston?

—Debe ser la que denominamos en nuestro catálogo general como la C. G. 0285H.

—¿Y cree usted cuanto ha dicho sobre la explosión de la misma?

—No me cabe la menor duda.

—¿Quiere ampliarnos eso? —solicitó Cornejo.

—Desde luego —repuso Haston—. Si me prestan atención durante cinco minutos les resumiré brevemente nuestros conocimientos sobre el particular.

Haston carraspeó y afianzó las gafas sobre su nariz, en un gesto doctoral que recordaba sus tiempos de profesor en la Universidad. Luego, comenzó su pequeño discurso:

—El Universo está poblado de estrellas, de tal modo que un sistema planetario como el nuestro, es una verdadera casualidad; hasta tal punto que resulta casi imposible concebir otro además del nuestro. Así que el Universo está poblado de estrellas y de polvo cósmico. Las estrellas tienen un proceso «vital», es decir, nacen y mueren.

»Cuando nacen, como consecuencia de una terrible explosión atómica, adquieren un gran volumen y son lo que los astrónomos llamamos una *nova* o *supernova,* según el grado de luminosidad. También las llamamos gigantes rojas y gigantes azules, según el tipo de luminosidad.

»Con el transcurso del tiempo la fuerza de gravedad va concentrando la materia de la estrella, haciéndola disminuir de volumen y aumentar en densidad. Claro, que esto sucede en millones o billones de años, porque en el interior de la estrella se producen explosiones atómicas que mantienen, hasta cierto punto, la tensión que contrarresta la fuerza de gravedad. Pero con el tiempo estas explosiones son menos frecuentes hasta que se terminan. Entonces la estrella puede adoptar unas condiciones parecidas a las de nuestro planeta.

»Se convierte, pues, en lo que nosotros llamamos una enana blanca. Su volumen disminuye constantemente y aumenta su densidad, hasta el punto que un centímetro cúbico de su materia pesa unos veinte kilos. Cuando sufre una nueva contracción, el roce

de las moléculas que constituyen la materia de la estrella genera tal cantidad de calor que llega a la temperatura de fisión del átomo, produciéndose una inmensa explosión atómica que vuelve a dispersar la materia de la estrella, convirtiéndola en una gigantesca *nova o supernova,* volviendo a empezar el proceso que les he descrito antes.

—Magnífica disertación —exclamó Bob—. ¿Y usted cree que esta estrella está en estas condiciones?

—Si es la que les he indicado, sí. Nuestros cálculos tienen prevista su explosión para dentro de unos doscientos años.

—¿Y a qué distancia está de nosotros? —preguntó Cornejo.

—Eso es lo asombroso —respondió Haston—. Esa estrella está a seis años luz de la Tierra.

—Entonces —exclamó Bob— si han tardado doce años en hacer el viaje...

—¡Exacto! —interrumpió Cornejo—. Para llegar hasta nosotros han tenido que viajar a ¡ciento cincuenta mil kilómetros por segundo!

—¡Es asombroso! —exclamó Young.

—¿Ha examinado Vd. ese aparato, profesor Cornejo? —preguntó Bob.

—Sí. No he podido sacar nada en claro. Sus motores son desconocidos. No he podido deducir qué clase de energía consume. Desde luego, no es energía atómica.

—Por mi parte —dijo Young— he analizado los materiales y realmente no los conozco. Quizá es alguno de los elementos que conocemos pero tratado de alguna manera especial. Nuestros «Sideral Comet» están hechos de una materia que es capaz como ustedes saben, de atravesar la barrera térmica, o sea, los 4.000 grados de temperatura. Este otro material también consigue lo mismo, pero se trata de algo muy distinto a lo nuestro.

—Creo —dijo el profesor Cornejo— que nos encontramos ante enemigos muy superiores a nosotros.

—Así parece ser —repuso Bob—, pero no olvidemos que a veces no bastan la ciencia y la fuerza para vencer en una empresa.

Anselmi entró sin llamar.

—Amigos, veo que no tienen cara de estar muy contentos.

—Así es —repuso Young.

—Ya sé que la situación es desesperada, pero confiemos en que podremos vencer. He recibido un parte de nuestro Cuartel General en la Tierra, comunicando la caída de un cuerpo que se incendió al contacto con la atmósfera. Supongo que será el aparato de Ernest.

—Eso debe ser —contestó Bob sombríamente.

—Al mismo tiempo quiero decirles que deben descansar un

poco. Por ahora no podemos hacer nada más, si no es conservar nuestras fuerzas.

—Creo que es una buena idea —asintió Cornejo.

Todos se mostraron conformes y un minuto después se había disuelto la reunión.

Bob se dirigió hacia sus habitaciones. Al cruzar una sala se encontró con Aloa Ka, la cual, acompañada por un auxiliar del Cuartel General, se dirigía a las habitaciones que se le habían asignado.

Bob quiso pasar como si no se percatara de su presencia, pero Aloa Ka lo llamó. Bob se volvió.

—Diga, señorita.

—Quisiera disculparme por mi actitud.

—No continúe, por favor —cortó Bob—. Soy yo quien debe disculparse. Creo que estábamos nerviosos los dos.

—Ya lo comprendo. Deseo con todo mi corazón que salgan las cosas como ustedes desean.

—¿Cree usted que tenemos muchas posibilidades de triunfar?

Aloa Ka tuvo un gesto de desaliento.

—No lo creo. Ike Hu dispone de armas potentísimas.

—Pero nuestros giróscopos gravitatorios han ganado la primera batalla.

—Sí, pero las naves contra las que han combatido ustedes eran simples fuerzas de exploración. Los aparatos más poderosos aún no han intervenido en la lucha. La idea de los giróscopos es buena, pero no valdrá para nuestros aparatos de motor espectral. Estos aparatos actúan impulsados por el espectro de la luz y son capaces de avanzar a ciento cincuenta mil kilómetros por segundo. Para ellos será un juego de niños vencer la gravedad de los giróscopos. He dado órdenes a mi piloto para que explique a los técnicos cómo conseguimos aprovechar la luz para impulsar nuestras naves.

—Muchas gracias. Espero que descanse usted.

—Gracias. Le deseo éxito en su empresa La graciosa figura de Aloa Ka se perdió por los pasillos del sector residencial. Bob se encaminó a sus habitaciones y se acostó vestido. Sus últimos pensamientos fueron para Aloa Ka. Parecía bien intencionada, pero de poco o nada iba a servir su colaboración. Quizás era demasiado potente el enemigo para el estado de progreso técnico de la Tierra.

Las hipótesis se sucedían en la mente de Bob, hasta que la fatiga fue apoderándose de su voluntad, trayendo de su mano al sueño.

VIII

Haston no pudo dormir bien durante aquellas horas. Nervioso por todos los acontecimientos acaecidos se removió en la cama. Finalmente se levantó. Con paso decidido se dirigió hacia la torre donde estaban instaladas las poderosas pantallas telescópicas. Los hombres que estaban de guardia se sorprendieron de su visita.

—¿Cómo tan pronto por aquí, profesor?

—No hay quien duerma con esta maldita preocupación —contestó.

—Todos estamos nerviosos —repuso su principal ayudante.

—¿Hay alguna novedad?

—No. Hasta el momento las pantallas no dan señales de actividad en Marte.

Haston echó una ojeada a las pantallas donde se registraban los dos hemisferios marcianos. En efecto, parecía que la calma era absoluta. Haston se acomodó en una butaca y segundos después roncaba con gran estrépito, al igual que hacía en las interminables tardes de exámenes, para regocijo de sus alumnos, que le profesaban un gran cariño y lo trataban con respetuosa camaradería. Nadie se atrevía a despertarlo en aquellos momentos, pues de todos era conocida aquella anécdota sucedida en unos exámenes: Haston había caído en un profundo sueño mientras un examinado hacía su disertación. El alumno, que era puntilloso, se atrevió a despertarle, dándole una pequeña sacudida al mismo tiempo que le decía: «Señor Haston, no me escucha usted». A lo que respondió Haston rápidamente: «Joven, no le escucho, lo tomo. Su ciencia astronómica es tan rudimentaria que me sirve de soporífero».

No habrían pasado todavía dos horas cuando uno de los ayudantes lo despertó.

—Profesor... profesor.

Haston se levantó de un brinco

—¿Qué sucede?

—¡Mire! —dijo su ayudante señalando una de las pantallas.

Haston se caló sus gafas y miró el punto señalado. Unas vibraciones luminosas se desplazaban rápidamente en dirección a la Luna.

—¡Dé la alarma enseguida! —ordenó Haston con voz atropellada.

Unos segundos después estaba todo el Estado Mayor frente a la pantalla telescópica.

—Se dirigen hacia aquí —afirmó Bob.

—Eso parece —confirmó Haston.

—¿Qué velocidad llevan?

—No puedo precisarlo, pero es, desde luego, muy superior a la de la primera embestida.

—Es posible que esta vez logren vencer la atracción de los giróscopos.

Bob dio orden de que pusieran los giróscopos al máximo de su eficacia.

Young tomó la palabra.

—No parecen ser muchos los atacantes.

De las plataformas del Comando Aéreo fueron llegando los mensajes sobre la situación. El jefe del Comando comunicó con Bob.

—Bob, esos endemoniados aparatos avanzan a una velocidad increíble.

—¿Crees que los podréis interceptar?

—Mucho me temo que no. Nuestra velocidad es muy inferior a la suya.

—Permaneced vigilantes, pero no los ataquéis hasta recibir una orden mía.

—De acuerdo —repuso León.

En la pantalla telescópica podía precisarse con detalle la formación enemiga. Se trataba de un centenar aproximado de aparatos iguales entre sí, pero totalmente distintos a los que habían realizado el ataque anterior. Parecían enormes cigarros puros que tuvieran seccionado uno de sus extremos.

—Es extraña esa forma de volar —apuntó Cornejo.

—También me lo parece a mí —dijo Anselmi—. Describen una parábola demasiado perfecta para ser aparatos manejados por hombres. ¿Es eso lo que quiere decir, profesor Cornejo?

—Exactamente. Si fueran tripulados por hombres tendrían una trayectoria más en línea recta.

—Más bien parecen proyectiles siguiendo la curva de un impulso inicial —intervino Bob.

—Acabo de calcular la trayectoria de esos... ingenios —interrumpió Haston—. Describen una parábola perfecta que nace en Marte y termina en la Luna, hacia el Oeste de nuestra posición.

—No comprendo qué es lo que quieren conseguir con eso —murmuró Bob.

—Ciertamente desconcertante —dijo Anselmi.

Aloa Ka entró en la sala de observación.

—¿Qué sucede? Me ha despertado la señal de alarma.

—¿Podría Vd. explicarnos qué es esto? —dijo Bob señalando la pantalla.

—Aunque desconozco los planes bélicos de Ike Hu puedo, sin embargo, reconocer esos aparatos. Se trata de reactores independientes de gran potencia.

—¿Pero no llevan carga explosiva?

—No, no la llevan.

En aquel momento los proyectiles tomaron contacto con la Luna, hundiéndose a bastante profundidad.

Bob tomó la palabra.

—¿Podemos televisar el lugar donde se han hundido, profesor?

—Nada más fácil.

Haston maniobró en el cuadro de mandos. En la pantalla apareció una zona de unos cincuenta kilómetros cuadrados, plagada de enormes embudos. De pronto, de lo más profundo de los embudos, comenzó a salir un poderoso chorro de gases, que fue creciendo en intensidad hasta convertirse en poderosas columnas de gases incandescentes…

Todos miraban como fascinados, el espectáculo, cuando el jefe de control de los aparatos dio una noticia sorprendente:

—Profesor Haston, los instrumentos de control empiezan a marcar cifras absurdas.

Bob examinó con detenimiento el cuadro de control.

—No lo comprendo —dijo en voz alta.

Señorita Aloa Ka —intervino Anselmi—. ¿Cuál es la carga de esos reactores?

—Es una combinación de sodio y amoníaco.

—Es una mezcla que emplearnos nosotros también —dijo Cornejo—; no veo, pues la causa de esas variaciones en el sistema de control.

De pronto, la inmensa cúpula del Cuartel General empezó a vibrar de una manera alarmante. A la estupefacción general siguió una rápida reacción de Bob.

—¡Pronto, todo el mundo a las naves!

—Pero…

—¡No discutan. Pónganse los trajes para salir de la cúpula sin perder un segundo!

La orden fue obedecida. Durante unos segundos fue un hervidero el Cuartel General. Desde Anselmi hasta el último ayudante todos acudieron, a cumplir precipitadamente la orden de Bob. Aloa Ka vistió asimismo uno de los equipos que le entregó un ayudante. Unos segundos después se encaminaban todos hacia los «Sideral Comet», formando una extraña caravana.

La cúpula del Cuartel General temblaba tremendamente a

impulsos de una poderosa y desconocida fuerza.

Los «Sideral Comet» fueron despegando y ganando altura a gran velocidad. Bob dio la orden de encaminarse hacia la Plataforma Comando. Luego, miró con el teleobjetivo hacia el lugar recién abandonado.

La inmensa cúpula que había albergado al Estado Mayor vibraba de manera asombrosa; poco después se desgajaba de sus cimientos y, con arrolladora fuerza, era lanzada al vacío, junto con todos los instrumentos que tantos esfuerzos había costado de instalar. La superficie lunar quedó desmantelada en pocos segundos. Las torres de control, las antenas, los edificios, hasta la pulida pista de aterrizaje fue arrancada y lanzada al vacío. Y todo ello sin que pudiera percibirse explosión alguna. Todo sucedió como a impulsos de una poderosa mano invisible que, con ilimitada furia, se hubiese complacido en destruirlo todo.

Los «Sideral Comet», a los que seguía la nave de Aloa Ka, recibieron la señal de campo libre para aterrizar en la Plataforma Comando. Después de unos minutos de vuelo aterrizaron sin novedad.

Poco después se reunían todos en la sala de mando de León.

—No comprendo lo que ha sucedido —comentaba León—. Hemos estado al tanto de todo, pero no hemos podido descifrar las causas de lo sucedido.

—Creo poder explicarlo —dijo Bob—. Los reactores incrustados en la Luna han actuado como un poderoso motor de propulsión a chorro y han acelerado el movimiento de rotación del satélite de la Tierra.

—Y ha sido la fuerza centrífuga la que ha producido la catástrofe —concluyó Anselmi.

—Realmente es una pérdida irreparable —comentó Haston—. Es como si nos hubiesen arrancado los ojos.

—Esta plataforma está bien equipada, pero dudo que pueda sustituir con éxito a la cúpula del Cuartel General —repuso León.

—No tenemos otro recurso que trasladarnos a nuestra base de la Tierra. Hemos de reconocer que hemos perdido la segunda fase de esta batalla. Bob, disponga el inmediato viaje a la Tierra.

—De acuerdo, profesor Anselmi.

Bob transmitió las órdenes oportunas a todo el personal del Cuartel General.

IX

Los aparatos en qué los miembros del Cuartel General hacían el viaje a la Tierra debían estar ya cerca de su objetivo.

Bob se había quedado rezagado al objeto de poder concretar algunas cuestiones con León. Ahora volaba en dirección a la Tierra en compañía del profesor Haston.

—La situación se va poniendo difícil en verdad —suspiró Haston.

—Si los informes dados por Aloa Ka sobre la velocidad de los aparatos enemigos son ciertos, hay que reconocer que el enemigo nos lleva una gran ventaja.

—La barrera gravitatoria creada por los giróscopos resultará inútil. Recuerde que, según las teorías del antiguo profesor Einstein, todavía en vigor en su mayor parte, determinan que gravedad es igual a movimiento y en este caso igual a velocidad. El campo magnético-gravitatorio creado por los giróscopos es de menor fuerza que una velocidad de ciento cincuenta mil kilómetros por segundo.

—Sí. Ya lo he calculado. He ordenado a León que reduzca al máximo posible el radio de los giróscopos tomando como centro la Tierra, pero ni aun así creo que consigamos una intensidad magnético-gravitatoria suficiente para neutralizar tal velocidad. La misma luz del sol sufre una curvatura cuando pasa por la proximidad de una gran masa gravitatoria, pero es apenas insignificante. Es decir, que nuestro sistema de giróscopos puede afectar la trayectoria de las naves enemigas, pero no la afectará lo suficiente para impedirles llegar a la Tierra. Hay que tener en cuenta que esos aparatos llevan una velocidad que equivale a la mitad de la luz.

—Quizás tengamos a nuestro favor que tal vez esos aparatos sean incapaces de mantener no ya esa velocidad, sino una mucho menor en las proximidades de la Tierra.

—Es muy probable que así sea. Esa velocidad la consiguen en el vacío, pero el roce con nuestra atmósfera ha de crearles un serio problema, sopena de que los materiales que emplean en la construcción de sus naves tengan una capacidad de resistencia ilimitada.

—Si es así, plantearemos la lucha con nuestros «Sideral Cometí» a una altura entre cero y cien kilómetros, que es donde la atmósfera

es más densa.

En esta conversación estaban cuando la voz excitada del observador les arrancó de ella.

—Aparato desconocido a la vista.

Bob se lanzó al televisor. Siguiendo las instrucciones del observador localizó un punto luminoso en la lejanía.

—Sí, se trata de un aparato enemigo.

—Parece que viene en esta dirección —apuntó Haston.

—Así es —repuso Bob— pero vuela más alto Piloto: vuelo vertical para interceptar a ese aparato.

El «Sideral Comet» tomó la vertical de su trayectoria.

—¿Cómo puede estar este aparato aquí, Bob? Para ello ha tenido que pasar la barrera gravitatoria.

—Ciertamente, profesor. Quizás su presencia resuelve nuestras dudas sobre la eficacia de nuestra barrera gravitatoria, a no ser que nos pasara inadvertido cuando dejamos pasar el aparato de Aloa Ka y atravesara la barrera por el mismo lugar que lo hizo ésta.

—Dios quiera que la cierta sea la última versión.

—Piloto —ordenó Bob—, acelere al máximo o vamos a llegar tarde a la cita.

—No puedo acelerar más, pues llevo los motores al máximo.

—Pues utilice las cargas independientes de propulsión.

El piloto obedeció la orden y el «Sideral Comet» dio un salto debido a la aceleración producida por los motores a reacción suplementarios.

El aparato enemigo, sin deseo evidente de luchar, se aproximaba a gran velocidad al punto de confluencia con el de Bob. Pasaron unos segundos tensos de emoción.

—Máquinas, accionen el desgravitador —ordenó Bob.

—Acciono —respondió el jefe de máquinas.

Cuando faltaban escasos segundos para el enfrentamiento de las dos astronaves el piloto enemigo redujo considerablemente la marcha. La maniobra fue tan inesperada que el aparato de Bob rebasó el punto de confluencia y el aparato enemigo pasó por debajo una fracción de segundo después, hundiéndose en la columna de gases emitida por los cohetes de reacción, gases que aún no habían tenido tiempo de solidificarse.

—¡Nos ha engañado! —exclamó Bob.

Pero en aquel mismo instante el «Sideral Comet» experimentó una viva sacudida. Bob y Haston fueron despedidos de sus asientos, pero, aún en el suelo, Bob dio una orden tajante:

—¡Corten la propulsión a chorro!

El piloto cumplió la orden e inmediatamente el «Sideral Comet» dejó de trepidar y recobró su estabilidad.

Repuesto ya del impacto, Bob miró en la dirección en que debía estar el aparato enemigo, pero sólo encontró los resplandores de una inmensa explosión.

—¿Qué ha sido? —preguntó Haston.

—E1 aparato enemigo ha explotado desintegrándose —contestó Bob.

—Esa parece ser la verdad —replicó Haston.

—La sacudida que experimentamos nosotros fue debida a la onda sonora que produjo la explosión. Como el sonido no se propaga en el vacío es por lo que di la orden de cortar la propulsión de los cohetes, pues los gases que éstos producen era una atmósfera que servía de vehículo para trasmitir la onda, y la estela que dejábamos detrás de nosotros nos unía al lugar de la explosión.

—Ha sido una idea feliz —dijo Haston con un suspiro de alivio —, pues quizás nuestro aparato no hubiera podido resistir por mucho tiempo el impacto producido por la explosión.

Bob dio nuevas órdenes al piloto:

—A toda velocidad. Dirección: la Tierra.

X

Dos días después de los acontecimientos narrados, la Tierra caía en manos de los enemigos, o mejor dicho: el enemigo conquistaba la Zona Cero tras destruirla en un rápido pero devastador ataque.

Los peores presentimientos de Bob resultaron válidos. La barrera magnético-gravitatoria fue atravesada con gran facilidad por el enemigo. Los aparatos que comandaba León nada pudieron hacer por evitarlo pues la velocidad del enemigo fue extraordinariamente superior, no pudiendo las escuadrillas de «Sideral Comet» probar fortuna nuevamente en el combate.

De tal manera se precipitaron los acontecimientos que pareció una funesta pesadilla a los aterrorizados terrestres.

La zona más destruida fue la Zona Cero, elegida por el enemigo en un intento de aniquilar la cabeza dirigente del mundo, para inducir a la rendición a todos los demás pueblos. El viejo Director General con todos los demás miembros del gobierno, como así mismo los doscientas mil funcionarios del Estado, habían sido muertos durante el ataque, pues la inmensa plataforma metálica que cubría el subterráneo escondite del gobierno había sido fundida por un desconocido rayo de los atacantes, y caído en forma de ardiente lluvia sobre la ciudad subterránea.

Los aparatos del Comando Aéreo habían quedado aislados de la Tierra y sin poder represaliar al enemigo, porque éste había proyectado, a mil kilómetros de la superficie terrestre, una envoltura electrónica, imposible de atravesar por los «Sideral Comet».

La afortunada circunstancia de que el Cuartel General Secreto no se encontraba en la Zona Cero, determinó el que Bob y los demás miembros del Estado Mayor escaparan de aquella acometida.

Ahora, en una recóndita región de la Selva Negra alemana, estaban reunidos los pocos hombres sobre los cuales recaía la enorme responsabilidad de la situación. Bob tenía la palabra.

—No puedo ocultar a nadie lo gravísimo de la situación. La ofensiva enemiga ha sido coronada por el éxito. Sólo el escaso número de asaltantes, con su incapacidad material para ocupar toda la Tierra, ha impedido que cayéramos prisioneros nosotros mismos; pero esta situación no durará mucho. ¿Qué debemos hacer?

—Yo creo que poco o nada podemos hacer contra nuestros enemigos —dijo Anseimi—, al menos por el momento. ¿Qué

significa un pequeño número de hombres contra tan poderosos adversarios? Sin embargo, nuestro deber es seguir adelante hasta... Bueno, ya me entienden. No vale la pena vivir si es que tenemos que hacerlo como esclavos.

—Estoy de acuerdo —intervino Haston—. ¿Más, qué podemos hacer?

Un ayudante interrumpió la conversación.

—Perdón, señores. He creído mi deber interrumpirles.

—¿De qué se trata? —preguntó Anselmi.

—El Director General de Comunicaciones de la Zona. Cero acaba de llegar.

La noticia fue escuchada con agradable sorpresa.

—Que pase enseguida —ordenó Anselmi,

Unos segundos después entraba un venerable anciano. En sus ojos se reflejaba el terror y tanto su físico como sus ropas mostraban el mal trato recibido. Su mirada apagada y fija mostraba la estampa del hombre que ha visto demasiado. Durante unos segundos permaneció inmóvil ante la mirada aterrada de los reunidos.

Anselmi rompió la trágica situación con un timbre de ternura en sus palabras. — ¡Doctor Leblanch! ¡Querido amigo!

El doctor Leblanch pareció recobrar la vida en la mirada.

Anselmi se adelantó unos pasos y lo estrechó con gesto espontáneo entre sus brazos.

El doctor Leblanch arrancó a llorar como un niño.

—Gracias, profesor Anselmi. Durante dos días he querido llorar pero me ha sido imposible. Creo que si no lo consigo me hubiera vuelto loco.

Nos hacemos cargo, querido amigo —respondió cariñosamente Anselmi.

—¿Y el Director General?

El doctor Leblanch hizo una pausa y contestó con voz entrecortada:

—Ha muerto.

Anselmi tuvo que contenerse para no soltar una imprecación.

—Sí; ha muerto. No pudo sobrevivir a la terrible explosión que destruyó la Zona Cero. La plataforma metálica que cubría la ciudad subterránea fue fundida y derramada en el interior de la misma. Todos perecieron allí.

—¿Y cómo pudo escapar usted? —preguntó Bob.

Fue debido a la casualidad. Había salido a resolver unas cuestiones en la Zona Cincuenta y Dos y ese fue el motivo de que me salvara. Desde el límite de la Zona Cero pude observar toda la tragedia...

»Luego, mi único interés fue llegar hasta aquí. He recibido ayuda

de todo el mundo, pero no me atreví a venir en avión, más que en pequeñas etapas de mi viaje.

Un pesado silencio se hizo durante unos segundos. Luego, habló Bob:

—Gracias por sus palabras, doctor. Está usted al borde de sus fuerzas y es preciso que se reponga cuanto antes. Un ayudante mío le llevará al doctor Frank, que es el médico de nuestro Cuartel General, para que se encargue de usted.

—Gracias, Bob, yo creo que si consigo dormir será suficiente. Me he quitado un gran peso de encima. Creo que ahora podré descansar.

El doctor Leblanch abandonó la sala acompañado por uno de los ayudantes de Bob.

—Bueno, ya tenemos ideas algo más concretas sobre la situación —exclamó Haston

—La mayor ventaja —dijo Bob—que veo, es la incapacidad enemiga para ocupar nuestro planeta.

—Pueden destruirlo si quieren, pero les es sumamente difícil ocuparlo. En cierto modo se hallan prisioneros en la Zona Cero.

—Prisioneros si usted quiere —repuso Haston—, pero dueños de la situación

—Hagamos un balance que nos permita ver claro —terció Anselmi—. Los atacantes ocupan la Zona Cero y teóricamente han conseguido su objetivo. En la práctica aún están lejos de ser los verdaderos dueños de la Tierra. Pueden destruirla si quieren, pero eso no les interesa. Sin embargo, no pueden ocuparla totalmente por falta de efectivos. Por otra parte, nosotros contamos con la ayuda de todos los pueblos de la Tierra, pero carecemos de medios eficaces para luchar.

—Yo creo —dijo Young— que debemos organizar la lucha con los medios que tengamos. Quizá si intentáramos un asalto a la Zona Cero, en oleadas sucesivas de hombres…

—No creo que sea ese el procedimiento —replicó Bob—, Sería un gran sacrificio de seres y probablemente inútil. Quizá a ellos les sea difícil extender su dominio real más allá de la Zona Cero, al menos por ahora, pero a nosotros nos es imposible atacarles en su reducto, donde son, prácticamente, invulnerables.

—Quizá sea así —contestó Young—, pero algo tenemos que hacer. Además debemos hacerlo pronto, porque esta situación no puede durar mucho. Sin duda alguna el enemigo encontrará la manera de hacer efectivo su dominio sobre la Tierra, y entonces ya estará todo perdido.

—De acuerdo —terció Haston—; pero opino con Bob que es imposible un ataque en masa. Con las armas de que disponemos

barrerían con gran facilidad a nuestro improvisado ejército.

—¿Y nuestros aparatos «Sideral Comet»? —intervino Young.

Cornejo tomó la palabra:

—Están inutilizados. Una envoltura electrónica impide que puedan descender a la Tierra.

—Realmente es la lucha de un elefante contra una hormiga —dijo Young con gesto de desaliento.

—Quizá en esa desproporción radique nuestra fuerza —continuó Bob—. Hemos de atacar escondidos en nuestra propia pequeñez. La astucia ha de ser la que nos dé el triunfo. Elaborar en la sombra nuestros planes y descargar el golpe con la velocidad del rayo; he ahí nuestra estrategia.

Las últimas palabras de Bob encontraron un general asentimiento entre los reunidos.

—Y bien —preguntó Anselmi—: ¿Cómo ha de ser ese golpe y dónde debemos asestarlo?

—Todavía no puedo decirlo, pero una cosa me parece indispensable: acercarse al enemigo, tener la máxima información sobre sus posibilidades y la distribución de sus fuerzas. En una palabra: conocerlo bien para saber donde tiene su talón de Aquiles.

—Es lo más lógico —asintió Haston—Pero, ¿cómo vamos a conseguir eso? Quizás el Director General de Comunicaciones pueda darnos más datos, ¿no le parece, Bob?

—Puede hacerlo, pero serán insuficientes. Hacen falta muchos conocimientos especiales para poder valorar con exactitud lo que haya visto. Creo que es una misión que puedo realizar yo mismo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Anselmi.

—Que debo intentar aproximarme lo más posible a la Zona Cero y según lo que vea y deduzca elaborar un plan.

—Pero es un riesgo demasiado grande.

—De acuerdo profesor, pero, ¿no cree que vale la pena arriesgarse? No somos nosotros los que elegirnos los medios sino nuestros enemigos.

—¿Pero es preciso que sea usted quien lleve a cabo esa misión? Podría encargarse a personal subalterno.

—No disponemos apenas de ese personal. Además, como ya he dicho, hacen falta conocimientos muy especializados para que la misión resulte eficaz.

—Opino lo mismo —dijo Haston—. Bob y yo podemos…

—Un momento, profesor —cortó Bob—, Esta misión la debo realizar yo solo.

—Se equivoca, querido Bob. Un hombre solo puede fracasar por cualquier pequeño detalle. Suponga que se rompe una pierna, que sufre una amigdalitis, en fin, cualquier cosa. No, Bob, no. La misión

es para dos hombres.

—Pero es que el riesgo…

—¡Al diablo con el riesgo! Todos tenemos un deber que cumplir. Mi ayuda le será útil. Si no me lleva con usted me arrepentiré mil veces de no haberle suspendido en astronomía hace veinte años, cuando lo examiné —acabó Haston sonriendo.

Bob vacilaba.

Anselmi tomó la palabra:

—Tiene razón el profesor. Decididos a seguir ese plan, es preciso que lo realicen dos hombres.

—Está bien; accedo.

—¡Buen muchacho! Estoy seguro de que saldremos adelante con la empresa.

—Hagan los preparativos necesarios —resumió Anselmi—. Por nuestra parte intentaremos tomar contacto con todas las zonas de la Tierra al objeto de dar las orientaciones necesarias y poder realizar una acción coordinada, si llega el caso.

Unos segundos después se estrechaban las manos Bob y Haston mientras se dirigían a hacer los elementales preparativos de su marcha.

XI

Aloa Ka quedó en actitud de profunda meditación. Sin proponérselo había escuchado toda la conversación anterior.

Se había sentado, por azar, en un banco de piedra del jardín que rodeaba la casa donde estaba reunido el Estado Mayor, y lo había hecho precisamente debajo de una ventana entreabierta, por la que pudo escuchar, con toda claridad, cuanto se dijo.

Admiraba el espíritu de aquellos hombres y su alto concepto del deber pero sabía que todo era inútil. La causa de la Tierra estaba perdida. Ike Hu y los suyos sabrían resolver la situación. Aloa Ka sabía que no retrocederían ante nada, incluso que llegarían a la destrucción de la mayor parte de los terrestres, si ello les facilitaba el control efectivo del planeta.

La actitud de Bob le parecía sencillamente suicida. No podría burlar a Ike Hu. Era cierto que Bob disponía de una relativa facilidad de movimientos para aproximarse al Cuartel General de Ike Hu, pero, una vez llegase a sus proximidades sería hecho prisionero o muerto.

Durante más de una hora estuvo sumida en estos pensamientos; luego pareció llegar a una resolución. Con paso firme se encaminó hacia el Sector Residencial y anduvo por allí hasta que localizó a su piloto.

—Hemos de hablar, Han.

—Dime, Aloa Ka.

—¿Es posible utilizar nuestro aparato?

—Creo que sí. ¿Qué pretendes?

—No puedo explicártelo ahora.

—Corno tú desees; pero quisiera que meditaras bien cualquier decisión que tomes.

—Lo tengo bien pensado. Es preciso que obremos con rapidez. Ve a donde está nuestro aparato y espérame allí.

—Lo haré como deseas.

Han se dirigió a cumplir las órdenes. Aloa Ka siguió paseando por los contor- nos abstraída por sus pensamientos. Una voz la sacó de su ensimismamiento.

—¡Aloa Ka!

Era Bob. En su rostro se reflejaba la dura tensión de los últimos días.

—Buenas tardes, señor.

—No me llame señor. Llámeme Bob; es más fácil.

—Está bien, Bob.

—La estaba buscando.

—¿Sucede algo?

—Nada más grave de lo que ya conoce. Sólo quería despedirme de usted.

Aloa Ka hizo un gran esfuerzo por contenerse.

—¿Se va usted?

—Así es. Tengo que realizar una misión.

—¿Qué es lo que pretende, Bob?

—No puedo decírselo, pero sí le diré que considero imprescindible realizarla.

Aloa Ka no pudo contenerse.

—¡No lo haga, Bob! ¡No lo haga! No intente nada. ¡Lo matarán!

—No puedo eludir mi deber.

—No hay deber alguno cuando no existe ninguna posibilidad de triunfar. Están ustedes derrotados y han de abandonar toda esperanza. ¿Cómo conseguirán vencer a Ike Hu, ahora que están desarmados son un solo puñado de hombres? Créame, Bob, es preferible ocultarse; vivir confundido como un simple ciudadano más de la Tierra. Intente salvar su vida. ¡Yo se lo ruego, Bob!

—No, Aloa Ka —dijo Bob con firmeza— ¿De qué me serviría la vida si tendría que vivirla como un esclavo? La lucha no ha terminado, no terminará mientras uno de los dos adversarios quede en pie.

—Eso es un suicidio.

—Otras empresas han acometido los hombres que parecían suicidas y en las que alcanzaron el triunfo.

Aloa Ka quedó unos segundos en suspenso; luego, se rehízo y adoptó una actitud más serena.

—Usted gana; no me queda más que desearle suerte.

—Gracias. Espero que podamos volver a vernos.

—Espero que nos veremos muy pronto —respondió Aloa Ka con entristecida voz.

Bob apretó dulcemente su delicada mano y marchó a ultimar los preparativos de su viaje.

* * *

Un «Meteor Alfa», en vuelo rasante, se aproximaba a la zona ocupada por los invasores. Además, del piloto dos pasajeros ocupaban sendos asientos. Eran Bob y Haston.

El primero manipulaba la emisora de telerradar sin conseguir la comunicación que deseaba, La cubierta electrónica que envolvía a la Tierra perturbaba grandemente la emisión.

—No creo que lo consigamos, profesor.

—Intente con ondas más largas.

Bob dio vueltas a un conmutador; luego repitió la llamada: «Jefe de Operaciones llama a Jefe de Comandos… » «Jefe de Operaciones llama a Jefe de Comandos… ». «Escucho».

Pasaron unos segundos angustiosos. Un zumbido en la pantalla de telerradar llenó de esperanzas a Bob. Poco después se fue perfilando la silueta de un rostro. Bob ajustó al máximo los aparatos. Una voz débil se dejó oír por el amplificador: «Jefe de Comandos contesta a Jefe de Operaciones… » «Jefe de Comandos a Jefe de Operaciones» «Corto».

—¡Lo conseguimos! —gritó Bob con alegría— ¿Me oyes, León?

—Sí, contestó la voz—. Imperfectamente, pero ¿Qué ha sucedido?

—Lo peor, León. Hemos sido derrotados El enemigo ha ocupado la Zona Cero.

León soltó unas confusas maldiciones. Luego, continúo:

—¿Cuál es la situación?

—Prácticamente estamos a merced del enemigo. No disponemos de otra fuerza organizada que los Comandos aéreos.

—Pero tú sabes que estamos inutilizados. Una envoltura electrónica alrededor de la Tierra nos impide llegar hasta la superficie. Esto es desesperante.

—No hay que perder los nervios. Sois la última esperanza que existe de rescatar la Tierra.

—Una lejana esperanza, Bob. Quizá ya nunca volvamos a la Tierra, ¡ni siquiera para enterrar nuestros huesos!

—No me gusta que hables así.

—Perdona, Bob, pero es que me desespera no poder hacer nada.

—Hay que saber esperar. Quizá yo pueda abriros las puertas del retorno.

—Tienes razón. La mayor parte de nuestras formaciones están intactas. Hemos sostenido algunos encuentros con naves enemigas con base en la Luna.

—¿Y cuál ha sido el resultado?

—Nuestras armas son inofensivas para ellos y sus aparatos tienen mayor velocidad. Solamente adicionando los reactores a chorro podemos acercarnos un poco a ellos. Como dato curioso te diré que hemos visto estallar y pulverizarse varios aparatos enemigos sin que sepamos a qué causa atribuirlo.

—Sí; ya en otra ocasión sucedió lo mismo.

—Bueno, León, seguiré en contacto contigo mientras me sea posible. Emplearemos el mismo tipo de onda.

—Está bien.

—Dentro de media hora aterrizaremos a veinte kilómetros al N.

E. de la Zona Cero. Ya recibirás noticias mías.

—De acuerdo, Bob. ¡A tus ordenes!

La comunicación quedó interrumpida. Bob se dirigió al piloto:

—Dirección S. O. para el aterrizaje.

—¿No había dicho N. E.? —interrumpió Haston.

—Así es, profesor —sonrió Bob—. A León le es indiferente una cosa que otra, pues soy yo quien ha de llamarle, en cambio para Ike Hu quizá tenga mucha importancia saber donde podamos aterrizar Estoy seguro de que sus receptores habrán captado nuestra conversación, por ello les invito a que nos esperen en un sitio mientras aterrizamos en otro.

Haston rió de buena gana.

—¡Muy bien, Bob! La astucia de la zorra puede vencer al poderoso elefante. Siento no haber enviado mis recuerdos a Ike Hu.

El «Meteor Alfa» disminuyó la marcha, preparándose para el aterrizaje.

XII

Ike Hu dio una orden a uno de sus ayudantes: —Hay que tender una emboscada a veinte kilómetros al N. E. de nuestra zona de ocupación Si es posible capturad vivos a los ocupantes del aparato Me gustaría tener una conversación con ese…

El ayudante salió a cumplir la orden recibida. Ike Hu. al que acompañaba su Estado Mayor continuó en el uso de la palabra.

—Hemos derrotado a nuestros enemigos. Nuestra superioridad en todos los órdenes nos ha dado la victoria.

—Pero es una victoria de la que apenas podemos disfrutar —replicó uno de sus colaboradores Nuestras armas pueden destruir este planeta si tal es nuestro deseo, pero resulta muy difícil ocuparlo. Seis mil millones de habitantes son muchos para ejercer un control sobre ellos.

—Es cierto. Una destrucción en masa por medio de armas desintegradoras dejaría tal cantidad de radioactividad sobre la Tierra que nos obligaría a vivir en nuestros aparatos por tiempo indefinido; pero podemos emplear otras armas, si es preciso, para reducir considerablemente el número de habitantes de este planeta.

—En cierto modo somos prisioneros de nuestra victoria —replicó Huc.

—Nada de eso —continuó Ike Hu—. Cada una de las zonas de la Tierra será ocupada por una torre de destrucción, de modo que pueda sofocar cualquier intento de alzamiento en pocos minutos. Luego, publicaremos órdenes prohibiendo, bajo pena de muerte, los nuevos nacimientos. Así conseguiremos disminuir grandemente la población, luego regularemos los nacimientos de esta raza inferior en la medida necesaria para asegurarnos un contingente de servidores que actúe a nuestras órdenes, así prepararemos nuestros planes para la conquista del Universo —terminó Ike Hu con un soberbio fulgor en la mirada que indicaba la anormalidad de su cerebro.

Sus palabras fueron acogidas con gran satisfacción por los miembros de su Estado Mayor. La reunión continuó luego para disponer una serie de medidas prácticas, al cabo de lo cual fue levantada la sesión.

Los jefes de las distintas secciones del Estado Mayor fueron saliendo en animada charla, Ike Hu llamó a su principal ayudante.

—Huc, tengo que hablar contigo.

—Dime, Ike Hu.

—¿Se ha sabido algo de Aloa Ka?

—Nada apenas. Parece ser que uno de nuestros aparatos vio al suyo volando en dirección a la Tierra cuando atacamos y destruimos la base de los terrestres en la Luna

Ike Hu quedó con la mirada fija en el vacío y entregado a recónditos pensamientos. Luego tomó nuevamente la palabra:

—¿Cómo es posible que cayera prisionera en manos de nuestros enemigos? Tenía la orden de no abandonar nuestra base de Marte.

—Aloa Ka es una traidora a nuestra causa —replicó Huc duramente.

Un relámpago de cólera pasó per el semblante de Ike Hu.

—Ten cuidado con lo que dices, Huc. Aloa Ka es un ser superior y no puede haber ido a pactar con el enemigo.

—¡Pero si está claro! ¿Por qué abandonó nuestra base marciana? Yo pienso...

—No me importa lo que tú pienses —cortó Ike Hu—. Tu misión es obedecer y no pensar. Aloa Ka es mi recompensa por llevaros a la victoria.

—Pero pudo ser la causa de nuestro fracaso al pasarse al enemigo.

Una voz conocida se dejó oír en la puerta.

—Es más fácil cortar una lengua que destruir una calumnia.

Ike Hu no pudo contener un grito de alegría:

— ¡Aloa Ka!

—Sí, soy yo. En Cuanto a ti, Huc, he de decirte que sólo quien está acostumbrado a traicionar cree a los demás traidores. No olvides que sois vosotros los que habéis traicionado la causa por la que se os envió aquí.

—¿Cómo interpretar, pues, tu deserción? —se defendió Huc.

—Yo no deserté. Quise ver la operación sobre la Luna y di orden a mi piloto de seguir a las fuerzas atacantes, luego, mi aparato tuvo algunas averías y el enemigo pudo aprisionarnos. Finalmente hemos podido escapar y nos hemos reintegrado aquí. Por lo demás, he de decirte que nada me importa lo que puedas pensar de mí.

—No se hable más de esto —cortó Ike Hu—. Nada tiene importancia comparado con la realidad de tu presencia entre nosotros. Sabes, Aloa Ka, que mi mayor dicha es verte a mi lado.

—Y tú sabes, Ike Hu, que mi mayor dicha sería verte muy lejos de mí.

Huc dio un nuevo giro a la conversación:

—Mucho te agradecería que nos dieras informes sobre la situación de nuestro enemigo. Es cierto que los hemos vencido, pero no los hemos destruido todavía. Los que te llevaron prisionera son

el cerebro de cualquier posible resistencia, y no podemos estar tranquilos hasta haberlos aniquilado.

—Es verdad lo que te dice Huc —intervino Ike Hu—. Quizás tú puedas informarnos sobre algunos puntos que nos interesan.

Aloa Ka vaciló unos segundos; luego, contestó con voz segura:

—Poco puedo decir, pues desconozco estos parajes. Para llegar a la Tierra seguimos el vuelo de los aparatos que nos rodeaban y para llegar hasta aquí nos hemos guiado por el generador de la envoltura electrónica que habéis lanzado al espacio y que nos ha servido de polo magnético para orientarnos. Por lo demás, muy pocos de los elementos del Estado Mayor enemigo han quedado con vida.

—Por lo menos, sabemos de uno —replicó Ike Hu.

—¿Quién?

—Un tal… Bob.

Aloa. Ka sintió que el corazón se le sobresaltaba. Reuniendo todas sus fuerzas consiguió preguntar con indiferencia:

— ¿Bob? No sé de quién me hablas. ¿Acaso algún prisionero?

—Todavía no lo es, pero no tardará en serlo.

—Hemos interceptado un mensaje —terció Huc, —y parece ser que tiene el descabellado propósito de aterrizar por estos alrededores. Como es natural le hemos preparado un buen recibimiento.

Aloa Ka sintió cómo se le helaba la sangre en las venas. Realmente era una empresa descabellada la pretensión de Bob. Desde el momento en que escuchó la conversación sostenida en el Cuartel General sabía que Bob iba a su destrucción; ese había sido el motivo de que ella decidiera volver a todo riesgo, al Cuartel General de Ike Hu. Quizás desde allí pudiera serle útil a Bob y con ello a la causa de los terrestres.

—No sé quien pueda ser ese Bob —dijo—, aun que creo poder anticiparte que no se trata de ninguno de los grandes jefes enemigos. Casi todos ellos murieron en la Luna, y ese nombre no lo oí jamás.

—De cualquier modo que sea, pronto lo sabremos. Ahora dejemos estas cosas y permíteme gozar de tu presencia.

—Espero no tener que recordarte cuál es mi manera de pensar respecto a ciertas cuestiones —cortó fríamente Aloa Ka.

Ike Hu recibió estas palabras con una sonrisa.

—No espero conseguir nada… fácilmente. Yo soy un luchador y tengo por costumbre conquistar lo que deseo:

—Estoy muy cansada y me gustaría retirarme, Ike Hu.

—Tus deseos son órdenes —admitió Ike Hu galantemente—. Huc te acompañará.

Aloa Ka salió acompañada por Huc. Unos segundos después un

ayudante de Ike Hu recibía orden de presentarse ante él.

—Dime, Ike Hu.

—Es necesario que se disponga cuanto antes el envío de las torres de destrucción a los puntos estratégicos convenidos.

—Se están haciendo los preparativos. Pronto estará todo dispuesto.

—De acuerdo. Puedes retirarte.

Ike Hu volvió a quedarse solo. En su frente una profunda arruga demostraba la preocupación en que estaba sumido.

XIII

El aparato de Bob volaba casi a ras del suelo. Bajo sus alas se deslizaba el paisaje, salpicado por las manchas verdes de los bosques. La Zona Cero estaba ya próxima. Un anillo de desolación Circundaba lo que unos días antes era la sede del gobierno mundial de los terrestres.

—Es preciso encontrar un buen sitio para el aterrizaje —comunicó al piloto.

—Ya lo procuro, pero me conozco muy bien todo este territorio y sé que va a ser muy difícil encontrarlo. A unos kilómetros de aquí hay un sitio donde se puede intentar.

Los segundos fueron pasando hasta que la voz del piloto rompió el monótono silencio:

—Allí es, jefe. A la izquierda.

Bob miró en la dirección señalada. Entre la verdura de los bosques, cada vez más densos, se podía ver un claro de unos cuatro o cinco kilómetros cuadrados. Realmente era difícil un buen aterrizaje en aquel lugar.

—Está bien —dijo Bob—. Puesto que no podemos elegir nada mejor lo intentaremos en ese claro.

El aparato dio un par de vueltas alrededor del terreno de aterrizaje para que el piloto pudiera estudiar bien aquel sitio.

—Vamos a intentarlo —anunció el piloto escuetamente.

El aparato tomó distancia y enfiló el terreno de aterrizaje, luego, picó suavemente. La tierra se aproximaba impresionante al hocico del avión Todos permanecían con los músculos en tensión y la mirada fija en aquel reducido claro entre los bosques. El piloto acentuó el ángulo de picado y la tierra quedó a pocos metros del aparato, luego niveló el ángulo de picado hasta quedar a un metro escaso del suelo en vuelo vertical. Los árboles del extremo opuesto se aproximaban a velocidad aterradora. El piloto accionó suavemente los mandos y el «Meteor Alfa» levantó el hocico al mismo tiempo que la cola del aparato entraba en contacto con el suelo, frenando considerablemente la velocidad hasta detenerse totalmente a unos metros de la barrera de árboles.

—Buen trabajo —exclamó Bob entusiasmado—. Es el mejor aterrizaje de cola que he visto en mi vida.

—Sencillamente maravilloso —intervino Haston—. Por un momento pensé que San Pedro estaba abriendo ya las puertas del

cielo para acoger nuestras almas.

—Gracias por los elogios —dijo el piloto, pero... quiero advertirles que conozco mil maneras más fáciles de romperse el cuello y sin tanta complicación. Por un momento llegué a creer que no iba a conseguirlo.

—Ahora es preciso esconder el aparato —ordenó Bob—. El profesor Haston y yo iremos hasta aquel montecillo del fondo, desde donde creo que se domina la extensa llanura que fue la Zona Cero.

—Haré lo que pueda —contestó el piloto.

—Vamos, profesor.

Bob y Haston se dirigieron hacia el citado montecillo que se encontraría a unos ochocientos metros del lugar de aterrizaje.

La noche había caído como un manto protector sobre los hombres y las cosas. Bob y Haston caminaban en silencio. Dentro de unos minutos podrían echar una mirada furtiva a la cabeza de puente establecida por el enemigo en su intento de ocupar la Tierra.

Haston fue el primero en romper el silencio:

—¿Tiene idea de lo que vamos a hacer, Bob?

—No mucha, profesor. Desconocemos totalmente la situación actual; no puede durar mucho. Si tenemos una lejana posibilidad de vencerles a ser en estos días en que el propio enemigo se encuentra algo desorientado. Dentro de muy poco tiempo será tarde para intentar nada.

En estas cosas estaban cuando llegaron al pie del montecillo y comenzaron el ascenso. Bob tuvo que aminorar su marcha para no distanciarse demasiado del profesor, que venía detrás resoplando como un toro. Lentamente fueron ascendiendo hasta llegar a la cima

La mirada de Bob se dirigió hacia la llanura que se extendía frente a él, pero la oscura noche apenas si le permitió vislumbrar, en lontananza, un suave resplandor verde-azulado, indicio evidente de la situación del enemigo Se sentó en el suelo y, de una funda de cuero, extrajo unos prismáticos, luego sacó de una bolsita de la funda de cuero unos lentes adosables a los oculares.

Haston, que había perdido unos metros en el último tramo del repecho, llegó junto a Bob.

—¡Por las barbas del cometa Halley!, como decía nuestro amigo Ernest Me parece que no estoy en forma. Siempre he considerado a la Tierra como minúscula partícula en el Universo poblado por las gigantescas estrellas, pero esta noche me ha parecido inmensa. ¡Creí que no acababa nunca de subir!

—El montecillo no es muy alto, pero tiene un ángulo muy pronunciado.

Haston tomó asiento.

—Bueno, Bob, ya estamos aquí, pero le aseguro que es imposible ver una ballena a diez metros de distancia.

—He traído unos prismáticos con equipo para ver en la oscuridad. Estoy montándolo.

—Eso ya es otra cosa —suspiró Haston.

Bob terminó de montar en los prismáticos el equipo para la oscuridad y miró a través de ellos en la dirección del campamento enemigo. A unos veinte kilómetros se veía a las astronaves enemigas, en número de algunos miles, dispuestas en varias circunferencias concéntricas con respecto a un punto constituido por un cilindro de unos ochenta metros de diámetro por doscientos de altura. Ningún ser humano se veía por aquel lugar.

Bob fijó su atención en aquella extraña torre. Era un cilindro metálico completamente uniforme. Envolviendo aquel ingenio había una extraña fosforescencia verde-azulada.

—Preste atención, Bob. ¿No oye usted nada?

Bob aguzó el oído. De la dirección del campamento enemigo venía un suave zumbido, como el producido per un enorme enjambre de abejas.

—¿Qué cree que puede ser eso, profesor?

—No sé. Quizás una central productora de energía.

Bob pasó los prismáticos al profesor.

—Fíjese especialmente en la torre central.

Kaston miró detenidamente.

—¿Por qué cree que tiene esa ligera envoltura luminosa verde-azulada?

—Creo, Bob, que esa torre es una poderosa central de energía electrónica.

—¿Puede ser la causa de este zumbido que percibimos?

—Probablemente —dijo Haston quitándose los prismáticos de los ojos. Luego, reflexionó unos segundos.

—Bob, me da la impresión de que nos encontramos ante una poderosa fuente de energía según los principios de la electrónica, es decir, que esa torre puede muy bien ser una descomunal célula fotoeléctrica. La fosforescencia que se observa se debe al efecto Edison.

—¿Cómo llega a esa conclusión, profesor?

Haston tomó, inconsciente, el tono habitual de la cátedra:

—En el año 1883 la Humanidad, y gracias a la lámpara de incandescencia ideada por Edison, se servía de la electricidad para el alumbrado. No se sabía lo que era esta electricidad, pero se aprovechaban sus efectos. Ahora bien, hasta ese momento lo que hacía el hombre era emplear no la electricidad digamos pura, sino

las corrientes eléctricas que circulaban por los conductores, hilos de cobre o cosa semejante. Cuando Edison realizaba experimentos con su recién inventada lámpara de incandescencia observó que, en algunas de dichas lámparas, aparecía un resplandor azulado en la base del filamento, precisamente en el lugar en que el alambre penetraba en la lámpara. Como usted sabe, los electrones están prisioneros en la materia y cuando hacemos circular una Corriente eléctrica lo que hacemos realmente es transmitir una onda a través de los electrones del filamento, de manera que, aunque estos viajen con relativa lentitud, la onda se transmite a la velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo. Edison llegó a la conclusión, comprobada muy ingeniosamente, de que a través del espacio comprendido entre los dos alambres o filamentos circulaba una corriente eléctrica, es decir, una corriente de electrones libres, que actuaban sin necesidad de filamentos. Pues bien, un desarrollo de este descubrimiento llevó al gran adelanto de la electrónica, o ciencia de los electrones libres, en el siglo XX. Situando una placa de metal entre los dos filamentos, conectada a un alambre que se introducía en la lámpara por un punto de cristal de la lámpara, se hacía circular esta corriente, formando un circuito, una de cuyas partes estaba constituida por el espacio abierto existente entre la placa y el filamento, siendo la propia luz de la lámpara la que sirve de interruptor para esta corriente accesoria. Este es el fundamento de la célula fotoeléctrica, que dio origen a la radio y tantos descubrimientos más. La, posibilidad de formar un circuito con una parte inalámbrica nos permite operar fuera de los límites de los conductores, ampliando las ondas, etc…

Bob quedó pensativo. Si las cosas eran como presumía el profesor Haston no cabía la menor duda de que aquella torre era uno de los más valiosos elementos de los atacantes

—Creo profesor que nuestro viaje empieza a dar frutos. Quizás hemos dado con el talón de Aquiles de nuestros adversarios.

—Dios lo quiera —suspiró Haston—. Es muy posible que sea esa gigantesca célula fotoeléctrica la que produce la envoltura electrónica que impide a León acudir en nuestro socorro.

Bob guardó sus prismáticos y emprendieron el camino de regreso.

Cuando llegaron al «Meteor Alfa», el piloto los acogió con una sonrisa de satisfacción.

—Empezaba a estar preocupado por ustedes.

—¿Podemos partir enseguida?

—Cuando usted quiera, jefe. Si responde el aparato, el campo nos lo permite, no fallan mis nervios y la suerte nos acompaña, todo saldrá bien.

—Muy sencillo, ¿verdad? —replicó Haston con una sonrisa.

—Exactamente corno si Se tratara de una agradable gira campestre —sonrió Bob

—Eso mismo, jefe; sólo que muy bien pudiera suceder que aterricemos en las praderas celestes.

Afortunadamente el aparato respondió, el campo pareció agrandarse, y la suerte y los nervios del piloto se comportaron como era deseable.

Unos minutos después el aparato volaba sobre la zona uno, camino del Cuartel General. Bob comunicó con León.

—¿Cómo van las cosas por ahí?

—Relativamente bien, Bob. Aunque estamos muy preocupados conservamos el ánimo ¿Y tú?

—Bien.

—Me desespera no poder ayudarte.

—No desesperes. Creo que pronto podréis intervenir.

—¡Ojalá lo vean mis ojos! Bob… yo quisiera… Bueno, perdóname, pero estoy deseando saber de mi mujer.

—¿Dónde se encontraba Elsa?

—En la Zona Treinta.

—No te apures. El enemigo sólo ha destruido la Zona Cero.

—Gracias, Bob. ¿Ha sido posible encontrar los restos de Ernest?

—No hemos podido buscarlos.

—Hemos estudiado la naturaleza de la envoltura que nos impide llegar hasta la Tierra para librar el último combate. Se trata de una envoltura electrónica con electrones libres a la velocidad de la luz. Cuando nuestros aparatos entran en contacto con ella estallan, desintegrándose. Cada uno de los átomos del metal se carga con varios electrones de más, cambiando su estructura y rompiendo el equilibrio de la materia. Hemos perdido cinco aparatos con las tripulaciones completas en las pruebas.

—Está bien, León.

—Ha sido… qué… mala sue…

El receptor comenzó a llenarse de interferencias. Bob intentó inútilmente restablecer la comunicación.

—¿Qué sucede, Bob?

—No sé, profesor. Quizás se nos ha estropeado el receptor.

—Lo acabo de comprobar —interrumpió el piloto— y está en orden.

—Entonces son interferencias…

—Atención, jefe. Arriba; a la izquierda.

Bob miró en la dirección señalada. Una nave enemiga volaba a gran altura.

—Han interceptado nuestro mensaje y nos buscan —exclamó

Haston.

—¡Abajo! —ordenó Bob.

—Aquí no se puede aterrizar, jefe.

—Sitúe el aparato lo más bajo posible y disminuya su marcha al mínimo, así su onda de radar registrará una pequeña protuberancia que puede ser interpretada como un accidente del terreno.

El piloto obedeció las órdenes al pie de la letra.

La nave enemiga pasó de largo, perdiéndose en la lejanía.

—Parece que ha pasado el peligro, Bob.

—Por ahora sí, profesor. ¿No le ha sorprendido nada en el vuelo de ese aparato?

—Si acaso la lentitud de su vuelo —contestó el profesor.

—Eso quiero decir. Es raro que fuera tan despacio. No llevaría más de ochenta kilómetros por hora.

—Hay que tener en cuenta que iba buscándonos.

—Ahora ya no estoy tan seguro de que fuera así —replicó Bob—. Más bien parecía que iba de patrulla normal. No veo la ventaja de que llevara tan poca velocidad.

Bob dejó la cuestión en suspenso y se prometió a sí mismo volver sobre ella en otra ocasión. Luego intentó comunicar nuevamente con León, pero la nave enemiga había causado algunas perturbaciones en la atmósfera que impedían de todo punto la normal comunicación.

—Pruebe con otra onda —sugirió el piloto.

Bob probó durante diez minutos sin conseguir nada. Ya iba a desistir cuando empezaron a escucharse unas palabras en el amplificador:

—... tel general... liara... Bob?... Todavía...

—Richard intenta comunicar con nosotros —comentó Haston.

—No creo que sea Richard, profesor.

—¿Entonces?

Bob observaba un mapa de cristal, fuertemente iluminado. Por el altavoz continuaban oyéndose palabras inconexas y Bob hacía cálculos a toda velocidad.

Las palabras dejaron de escucharse. Bob consultó el registro de ondas y tomó unas medidas en el mapa. Unos segundos después, volvió la cabeza hacia. Haston y en su mirada se leía una profunda extrañeza.

—¿Qué sucede, Bob?

—No lo comprendo. La llamada proviene de la Zona Cinco.

—Esa Zona corresponde a lo que fue antiguamente el Canadá.

—Así es, profesor.

—De acuerdo. ¿Y no tiene ni la más lejana sospecha de quien pueda ser?

—Eso es lo que me intriga. Quizás no todos murieron en la Zona Cero. Piloto, varíe el rumbo. Zona Cinco. Cuadrícula 1724. Punto de precisión C. 22-1.

XIV

Tampoco aquella noche era para el descanso de Ike Hu. Profundas preocupaciones atravesaban su mente: ¿Qué había de verdad en el relato de Aloa Ka? Si se tratara de otro ser cualquiera de la expedición lo habría eliminado sin miramientos.

Su soberbia le había llevado a la extraña filosofía de que todo debía sacrificarse a la tranquilidad del jefe, pero se trataba de Aloa Ka, a quien él amaba con la furia egoísta que caracterizaba todos sus actos. También le tenía preocupado su situación estratégica. Había conseguido inutilizar las armas enemigas; si quería, podía destruir las ciudades terrestres y sus habitantes, pero un nombre empezaba a martillearle en las sienes: Bob.

Todos los mensajes interceptados hablaban de él. En todo se veía su condición de jefe, su tenacidad y su decisión de luchar hasta el fin. Destruir las ciudades sin defensa era fácil, pero destruir a Bob era casi imposible; era como pretender que un pesado elefante encontrase a una hormiga para aplastarla con su pata. Lo de Aloa Ka sería resuelto haciéndola su esposa, de grado o por fuerza, cuando la Tierra estuviese totalmente dominada.

Lo de Bob...

Huc interrumpió las meditaciones de Ike Hu.

—Hemos conseguido resolverlo.

—Dime el resultado —acució Ike Hu con ansiedad.

Huc accionó un conmutador y una esfera terrestre de un metro de diámetro quedó suavemente iluminada.

-—Mira, Ike Hu. El lugar debe ser éste —señaló con el dedo— y corresponde a lo que según la organización de los terrestres se llama Zona Cinco.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Si nos servimos de los mapas terrestres la dirección exacta es: Zona Cinco. Cuadrícula 1724. Punto de precisión C.22-1.

—Es preciso que apresemos al que ha enviado ese mensaje. No es Bob, pero se ve que lo conoce bien. Dispón lo preciso y procura capturarlo vivo.

—Se hará como tú ordenes.

—He dicho que es preciso cogerle vivo —subrayó Ike Hu.

—Entendido, Ike Hu. Tu orden será cumplida. Yo mismo dirigiré la operación.

—Espero saber el resultado cuanto antes.

—Voy, pues, con tu permiso, a preparar la marcha.

Huc salió. Ike PIu respiró con satisfacción. El elefante se había puesto en camino para buscar a la hormiga.

XV

El «Meteor Alfa» había parado sus motores y descendía, planeando en silencio, desde gran altura.

—El punto está exactamente al pie de aquella montaña —indicó Bob al piloto.

—Podemos aterrizar a doscientos metros de allí, jefe. En aquella explanada bordeada de abetos.

—De acuerdo

—No se ve el menor vestigio de vida animal. —observó Haston.

—Prepárense para el aterrizaje —interrumpió el piloto.

El aparato entró en contacto con tierra y se deslizó suavemente como una sombra. El piloto accionó los mandos y el «Meteor Alfa» quedó inmóvil

—Bueno, profesor, voy a bajar.

—Querrá decir que vamos a bajar.

—Eso es —terció el piloto—. Quizás haga falta que luchemos todos.

Bob aceptó la propuesta con una sonrisa.

—Está bien; vamos a bajar y que Dios nos ayude.

Los tres bajaron silenciosamente del aparato y se encaminaron hacia el pie de la montaña. Un gran silencio lo llenaba todo. Al llegar a su objetivo comenzaron a caminar bordeando la montaña. De pronto, al doblar un pequeño saliente, se detuvieron. A unos cincuenta metros de distancia se divisaba la boca de una cueva y, al fondo, el resplandor que una luz producida por el fuego de una hoguera.

Bob hizo una seña y continuaron avanzando sigilosamente- El profesor tropezó y cayó al suelo ahogando una exclamación. Siguieron avanzando hasta situarse a escasa distancia de la entrada. A juzgar por la parte exterior la cueva debía ser muy grande. La parte delantera estaba sumida, en la penumbra y el resplandor de la hoguera iluminaba un recodo a unos veinte metros de profundidad. Durante unos segundos miraron fascinados hacia aquel punto. Bob hizo seña de avanzar y, lentamente, se fueron introduciendo en la caverna. No habrían avanzado más de diez metros cuando un grupo de seres, salidos de las sombras, se abalanzó sobre los intrusos.

Bob se sintió empujado con violencia, mientras unas manos le atenazaban la garganta. Cayó al suelo bajo el empuje de su enemigo, y percibió el rumor de lucha de sus compañeros. Con un

supremo esfuerzo consiguió desprenderse de las manos de hierro de su atacante, luego disparó al azar un poderoso puñetazo, que alcanzó el estómago de su enemigo. Un gruñido de dolor acusó el golpe. Bob se preparó a saltar sobre su contrincante, pero una exclamación de éste le paralizó todo movimiento.

Su enemigo aprovechó la perplejidad de Bob para lanzarse sobre él, al mismo tiempo que exclamaba de nuevo:

— ¡Por las barbas del cometa Halley, que te voy a retorcer el pescuezo!

Por fin Bob pudo articular su voz.

— ¡¡Ernest!!

Su atacante se quedó petrificado—¡Por los cuernos de la Luna! ¿Quién demonios…?

— ¡Ernest! Soy Bob.

El asombro y la sorpresa de Ernest tuvo su expresión en una larga retahíla de sus típicas imprecaciones.

—¡Bob! ¡Por los cuernos de la Constelación del Centauro, que me desintegren la nariz y me hagan recorrer a pie la Vía Láctea si es verdad lo que escuchan mis oídos!

— ¡Ven a mis brazos, viejo infusorio!

Los dos amigos se estrecharon en un abrazo emocionado.

Los demás, que habían oído el anterior diálogo, interrumpieron su lucha y, llenos de asombro, se daban a conocer.

Alguien dobló el recodo de la cueva y trajo un madero encendido, a cuya luz vacilante pudieron verse las caras.

—Estoy asombrado, loco de contento por volver a verte, Ernest. ¿Pero cómo ha sido posible? Estoy seguro de que no te quisieron en el infierno.

—Sí, es asombroso, Bob, pero aquí me tienes.

—Es realmente un caso asombroso de supervivencia contumaz —terció Haston

—¡Profesor Haston! —exclamó Ernest al percatarse de la presencia del profesor.

Los dos hombres se abrazaron cordialmente.

—¿Se encuentra bien, profesor? —inquirió Bob.

—Magníficamente —repuso Haston—. Quizá debamos preocuparnos de mi eventual enemigo —sonrió el profesor.

El aludido tomó la palabra:

—Nunca hubiera pensado que sería usted un contrincante tan duro, profesor.

—¡Ah, mi joven amigo! He empleado la misma táctica que Hindenburg en la batalla de los Lagos Masurianos: No ofrecer resistencia al primer empuje del enemigo y contraatacar luego por el flanco más débil, en este caso su nervio cubital, sobre el cual hice

la presión necesaria con mis dedos. Pero no se preocupe, pasará el dolor.

Ernest invitó a pasar al interior de la cueva, donde lucía una hermosa hoguera. Esparcidas aquí y allá se veían algunas cajas de provisiones, como así mismo distintas ropas y armas cortas.

En las caras demacradas por la fatiga y los acontecimientos de los últimos días, se veía una general sonrisa de satisfacción.

Bob, algo repuesto de la sorpresa, tomó la palabra:

—¿Puedes explicarme esto, Ernest? Triste es confesarlo, pero te dábamos por muerto, junto con tu tripulación.

—Yo mismo apenas doy crédito a todo lo sucedido. ¿Recuerdas mi persecución de la astronave enemiga?

—Sí; la vi perfectamente en la pantalla telescópica.

—Pues bien, aunque nuestras armas no consiguieron hacer mella en el aparato tampoco las de ellos hacían mella en el nuestro. Entonces decidí acercarme todo lo posible para observarlos de cerca.

—Sí; y entonces te envolvieron en una nube de gas que se solidificó enseguida, paralizando tu aparato.

—Exacto. Se trataba simplemente de aire. Es decir, una mezcla de oxígeno y nitrógeno en proporción muy parecida a la de nuestra atmósfera.

—Ahora lo comprendo —terció Haston—. El aire la temperatura del cero absoluto, es decir, a doscientos setenta grados bajo cero, que es la temperatura de los espacios siderales, se solidifica.

—Así es, profesor. Fuimos aprisionados en un bloque de aire sólido, y comenzamos a caer. Fueron unos minutos de terrible angustia, pero los muchachos y yo conservamos la cabeza. Yo sabía que nuestras vidas dependían de unos segundos. Ordené estar preparados para un aterrizaje. Cuando entramos en contacto con nuestra atmósfera a unos seiscientos kilómetros de la superficie de la Tierra, el bloque comenzó a derretirse rápidamente; a doscientos kilómetros nos vimos libres de él, hicimos actuar los motores y nos desviamos cuarenta y cinco grados de la vertical, lo cual nos permitió prolongar el tiempo del aterrizaje de tres segundos a doce. Entonces me di cuenta de la maravillosa construcción de nuestro «Sideral Comet», que respondió magistralmente. Así conseguimos aterrizar sin demasiado daño para nosotros ni para el aparato —concluyó.

—¡Magnífico! —exclamó Bob, con entusiasmo.

—Asombroso —reconoció Haston.

—El «Sideral Comet» lo tenemos cerca de aquí, escondido en un buen sitio. Puede volar, pero el telerradar se estropeó en el aterrizaje. Hoy consiguió medio arreglarlo nuestro jefe de máquinas

y lanzamos nuestro mensaje.

A continuación Bob dio una explicación detallada de la situación. La consternación ensombreció la cara de todos.

—¿Entonces —preguntó Ernest—, León y los demás...?

— Inutilizados y quién sabe si condenados a una muerte lenta.

—Pero nosotros debemos hacer algo, Bob

—Así es; pero por ahora no creo que podamos hacer mucho.

—Yo creo... —dijo Haston— que lo primero que debemos hacer es reponer nuestras fuerzas.

Todos convinieron que era muy razonable la proposición del profesor. Consumieron algunas viandas y luego, sobre el duro suelo, intentaron conciliar un sueño reparador.

Bob se dejó caer pesadamente. Haston se removía a su lado como un oso gruñón, mientras aseguraba a media voz que aquella maldita cueva tenía el suelo más duro que el cerebro de cierto alumno suyo.

Bob comenzó a sumirse en el sueño pero aún tuvo un segundo para evocar la figura de Aloa Ka. Se sorprendió de que en el fárrago de sucesos que atormentaban su mente aún hubiese un hueco para llenarlo con la evocación de Aloa Ka. Pensó que tal vez no fuera sólo motivo de desdicha la invasión de la Tierra. Se durmió sonriente.

XVI

En el Cuartel General no se perdía el tiempo.

Anselmi había reunido a la mayor parte de los Directores Generales de Zona, en un desesperado intento de agrupar fuerzas para un último ataque.

Aunque todos estaban dispuestos a luchar hasta el fin, un sentimiento general de desaliento les invadía.

Alvarez, el Director General de la Zona 52 tenía la palabra:

—Nosotros lucharemos. Hemos luchado siempre y ahora lo haremos con más razón que nunca, pero ¿qué probabilidades de éxito tenemos?

—Ninguna —dijo Stablinsky—. Nosotros somos un pueblo realista y llamamos a las cosas por su nombre.

—Pero no podemos rendirnos —terció Alí.

—Desde luego que no. Sólo quiero decir —continuó Stablinsky— que debemos decir las cosas como son. El haber supeditado la defensa de la Tierra a la «Operación Cefeida» fue un error. Al menos fue un error no tomar en cuenta la posibilidad de que el enemigo consiguiera una victoria inicial. Lucharemos, sí, pero administraremos fríamente hasta la última gota de sangre.

—Desgraciadamente —intervino Anselmí— no podemos elegir los medios de lucha. Estoy de acuerdo en que no podemos desperdiciar nuestras escasas fuerzas, pero es necesario reconocer que malamente podemos enfrentarnos a nuestro enemigo.

La reunión fue interrumpida por uno de los ayudantes de la Estación de Control.

—¿Qué sucede? —preguntó Anselmi.

—Profesor, se está recibiendo un mensaje.

En unos segundos se trasladaron todos a la Estación receptora-emisora.

Algunos auxiliares manipulaban dado los delicados aparatos.

—¿Continúan transmitiendo? —pregunto Anselmi.

—SÍ —contestó el encargado de aquellos aparatos—. Interrumpen diez segundos y luego continúan la transmisión.

En aquel momento volvió a oírse la voz por los amplificadores:

—«Llamada al Cuartel General... Llamada al Cuartel General... Atención: el hombre audaz está a punto de caer en manos enemiga Avísenle... Atención... Atención: el hombre audaz está a punto de

caer en manos enemigas. Avísenle».

La comunicación quedó cortada de nuevo.

El estremecimiento sacudió a todos los oyentes.

—¿Han podido localizar el lugar de la emisión. —preguntó Anselmi.

—Si contestó un ayudante— Viene de la Zona Cero.

—¿Quién demonios será ese «hombre audaz»? —preguntó Young.

—Debe referirse a Bob —contestó Anselmi acompañando sus palabras con un gesto de desaliento.

—Esto debe ser una trampa —replicó Young—_ No creo que tengamos aliados en la Zona Cero.

Anselmi meditaba profundamente.

—Quizá sí que los tenemos —contestó.

—Pero, ¿cómo es posible eso, profesor?

—Olvidan ustedes que Aloa Ka y su piloto se han marchado con su «platillo volante». No sé por qué me inclino a creer que son ellos.

—Y si es así, ¿qué podemos hacer?

—¿No se han recibido noticias de Bob? —pregunto Anselmi.

—No, profesor —contestó el jefe de control.

—Envíe una llamada general avisando a Bob del peligro. Empleé distintos tipos de onda para dificultar nuestra localización.

Luego, el profesor Anselmi se volvió hacia el resto de su Estado Mayor. Su cara denotaba una mezcla de cansancio y serena resignación.

—Señores, creo que estamos asistiendo a una nueva fase de nuestra derrota. Si es cierto el mensaje recibido perdemos uno de nuestros más valiosos colaboradores.

Las palabras se anudaron en su garanta, El destino se complacía en desvanecer las débiles esperanzas de aquellos esforzados hombres en su empeño de librar la Humanidad de la esclavitud. Silenciosamente fueron abandonando el recinto para trasladarse a la sala de conferencias donde continuó la reunión.

XVII

Bob se despertó. Un sexto sentido le avisaba de un peligro inminente. Sus ojos intentaron atravesar las tinieblas, pues hacía ya tiempo que la hoguera se había extinguido. Intentó incorporarse pero no pudo. Pensó en un posible entumecimiento general. Quiso hablar, pero su garganta apenas si pudo emitir un débil sonido inarticulado. A su lado le pareció escuchar algún ruido. ¿Qué sucedía. Su sistema nervioso se negaba a transmitir las órdenes que su cerebro daba a sus músculos. Hizo un esfuerzo sobrehumano y concentró toda su voluntad en mover los dedos de la mano, pero lo pudo conseguir. Notó que los ojos le escocían e intentó cerrar los párpados, pero tampoco pudo realizarlo. En su cerebro se hizo la luz, estaba bajo los efectos de un gas paralizador. No podía ser otra la explicación. Alguien había llenado la cueva con un gas que anulaba los entre la voluntad, el sistema nervioso y los músculos. La cueva comenzó a iluminarse con una luz difusa; luego, la luz fue creciendo en intensidad hasta iluminar perfectamente el menor recoveco de la misma.

Bob estaba tumbado sobre el lado derecho del cuerpo y frente a sí tenía la espalda del profesor Haston. Sintió como una mano se posaba en su hombro y tiraba hasta colocarlo boca arriba. Sus ojos pudieron ver la figura de un hombre ataviado con un traje de plástico y cuya cabeza estaba metida en una escafandra de la misma materia con dispositivo autónomo de oxígeno.

Luego se acercaron dos hombres más que cogiéndolo de brazos y piernas lo arrastraron hasta el exterior de la cueva. En el camino pudo percatarse de que otros seres, igualmente vestidos rearealizaban la misma operación con los demás habitantes de la cueva.

Poco después estaban todos tendidos bajo la luz difusa del amanecer.

Hue —que no era otro el jefe de la expedición— examinó, uno a uno, a todos los prisioneros; luego dio una orden y todos fueron trasladados a una nave aérea posada a un centenar de metros. Cuando todos estuvieron acomodados en el ininterior del aparato, Huc, que ya se había desprovisto de su extraño atavió, dio una orden y el aparato emprendió el vuelo.

Bob no dejó de pensar durante todo el trayecto. Con toda evidencia se hallaba prisionero de sus enemigos, Las ideas se

sucedían rápidamente en su cerebro y, sobre todas, se destacaba una: había sido derrotado y con él desaparecían las débiles esperanzas que pudieran tener los hombres de derrotar a sus adversarios.

La aeronave enemiga cruzaba el espacio en dirección a la Zona Cero, como un ave de rapiña que llevara la presa a su guarida.

XVIII

Aloa Ka despertó del breve sueño en que la sumió el cansancio de los pasados días. Se sentía fatigada, pero el nerviosismo le impidió permanecer durante más tiempo en la cama.

Después de unos minutos que empleó en vestirse salió de su habitación en la gran astronave, y se dirigió hacia el «platillo volante» donde dormía su piloto. Con una diminuta lámpara eléctrica, engastada en su anillo, lanzó un rayo de luz sobre determinada zona de la superficie del «platillo». Un segundo después se abría una puerta y la escalera «sin fin» se deslizaba casi hasta sus pies. Aloa Ka subió a ella y fue transportada al interior del «platillo».

Han la esperaba de pie en el interior de la espaciosa habitación central.

—¿Has captado algún mensaje, Han?

—Aunque he dormido algunas horas regulé el receptor con mi onda cerebral, de modo que me desperté cuantas veces funcionó. Han estado haciendo una llamada general a Bob durante toda la noche. Emplearon distintos tipos de onda para no ser localizados, pero todas ellas eran de la serie universal.

—Entonces es que no sabían el paradero de Bob.

—Eso parece.

—¿Crees que habrá sido interceptado nuestro mensaje por los hombres de Ike Hu?

—Con toda seguridad, pero tomé mis precauciones. En vez de enviar las ondas en circuito periférico empleé como capa de reflexión la superficie de la Luna.

Han miró profundamente a Aloa Ka.

—Dime una cosa, Aloa. Como sabes, la mayor parte de mi vida la he dedicado al estudio; fue tu padre el que quiso que te acompañara en este viaje por saber lo mucho que os quiero a los dos y este me autoriza a preguntarle: ¿Ha echado raíces tu corazón en este planeta?

Aloa Ka miró rectamente a Han.

—Sí, Han.

—Es lógico —sonrió Han—. Esperemos que la suerte acompañe a Bob y consiga escapar de los hombres de Ike Hu.

La conversación fue interrumpida por un emisario de Ike Hu que reclamaba la presencia de Aloa Ka.

Aloa Ka llegó hasta la nave central del Cuartel de Ike Hu. Fue éste mismo quien se adelantó a recibirla.

—Feliz de verte, Aloa Ka. Quiero ofrecerte un nuevo triunfo en mi lucha contra nuestros enemigos.

Ike Hu la condujo hacia el centro de la habitación, donde un grupo de hombres realizaba un trabajo sobre algo que estaba en el suelo. Cuando llegó Aloa Ka todos se pusieron en pie y se apartaron.

Aloa Ka no pudo reprimir un grito. En el suelo estaban Bob y sus compañeros inmóviles.

—¿Qué te sucede? —inquirió Ike Hu.

—¿Están muertos? —preguntó Aloa Ka con voz temblorosa.

—¿Por qué te preocupas? —replicó Ike Hu inquisitivo—. ¿Acaso los conoces?

—No es preciso comentar el espectáculo. Has perdido la sensibilidad al extremo de olvidar que soy una mujer y no uno de tus guerreros.

Ike Hu tragó el anzuelo.

—Perdóname por esa omisión. No están muertos: sólo bajo los efectos de un gas paralizador. ¿Y dices que no los conoces?

—No, no los conozco, y espero que no me obligues a seguir soportando este lamentable espectáculo.

—Te ruego que me disculpes. Puedes retirarte si es ese tu gusto.

Aloa Ka abandonó la estancia con el corazón sobresaltado por la, situación.

Los ayudantes de Ike Hu inyectaban en aquel instante una sustancia a las víctimas. Un hormigueo comenzó a recorrerle a Bob todo el sistema muscular, comenzó a recuperar el movimiento y, por fin, pudo levantarse.

Ike Hu observaba atentamente el renacer de sus adversarios. En su mirada había un brillo, mezcla de odio y de burlona sensación de triunfo.

Los prisioneros fueron poniéndose de pie, algo enervados por los efectos del gas paralizador.

Ike Hu tomó la palabra:

—Supongo que os habréis percatado de que os encontráis ante seres superiores, contra los cuales toda actitud de reserva o de resistencia es inútil. Contestad a cuanto se os pregunte.

Haston no pudo contenerse más y tomó la palabra :

—Mi ilustre y distinguido señor —comenzó con visible aire de sorna—: estamos dispuestos a obedecer las órdenes emanadas de vuestra sabiduría, especialmente si éstas se refieren a que le retorzamos el pescuezo o cualquier otro menester parecido.

Un relámpago de cólera cruzó por los ojos de Ike Hu, pero se contuvo con un esfuerzo

—Parece ser que el perro se atreve a ladrarle al león.

—Que usted se catalogue entre las especies animales —replicó Haston— es un acto de sinceridad que me conmueve, pero que lo haga conmigo es un acto de desvergüenza típicamente sideral. Por otro lado le diré, mi engreído señor, que dudo de que, con su rudimentario cerebro, hubiera, sido capaz de aprobar ni el primer curso de astronomía de mi cátedra.

—Parece ser que nos encontramos ante un sabio; esto colma mis deseos. ¿Acaso es usted Bob?

— ¡Acaso soy —estalló Haston en el paroxismo de su indignación— su señora tía!

—¿Quién de ustedes es Bob?

—Yo —contestó Bob serenamente—. En cuanto a tí no hace falta que te presentes, pues ya te conocemos; eres el diablo.

— ¡Por el solsticio de verano! —exclamó Ernest—. De esa afirmación llevo el cincuenta por cien de las acciones, Bob.

—Silencio —bramó Huc.

—Quiero que se den cuenta de que están vencidos y de que, por grado o por fuerza, les arrancaré la información que necesito para culminar mi obra.

— ¡Caramba! —terció Haston—. Parece ser que nuestro amable anfitrión no lo sabe todo.

Ike Hu no pudo soportar por más tiempo la gallarda actitud de sus prisioneros Con voz colérica dio una orden:

—Huc, enciérralos y prepara a Bob para una confesión.

Huc hizo una seña a sus colaboradores y estos se aproximaron amenazadores.

Haston tomo la palabra.

—Caballeros, ¿tienen la bondad de indicarnos el camino de las habitaciones reservadas a los invitados.

Rodeados por sus guardianes emprendieron la marcha.

XIX

En el Cuartel General de los terrestres reinaba una febril actividad. Los Directores de Zona habían conseguido reclutar distintas unidades de combatientes que, al amparo de las zonas más abruptas de la Tierra, esperaban su entrada en acción. Pocas eran las armas y las fábricas se afanaban en producirlas, aunque era dudosa su eficacia contra el poderoso enemigo.

Dos días habían pasado desde los últimos acontecimientos relatados y ya las torres de destrucción enemigas habían hecho su siniestra aparición en distintos lugares de la Tierra. En la Zona Doce se había intentado el ataque a una de ellas y el resultado fue catastrófico para los terrestres. Miles de muertos quedaron alrededor de la torre, que resultó invulnerable para las armas de los atacantes.

Anselmi estaba envejecido por el peso de la situación. Meditaba en su despacho cuando fue interrumpido por un ayudante.

—Profesor, se ha recibido un mensaje.

—¿De quién? —inquirió ansiosamente.

—Del enemigo, señor.

Su sorpresa fue extraordinaria.

—¿Qué pretenden?

—Hablar con usted —fue la asombrosa respuesta.

Anselmi se dirigió a la central de comunicaciones. Cuando llegó allí el encargado de los aparatos estaba manipulando en ellos.

De pronto se oyó una voz por el amplificador.

—El Cuartel General de las fuerzas vencedoras de Igorokán, llama al profesor Anselmi. Contesten.

La llamada fue repetida por dos veces.

Anselmi se dirigió al técnico que accionaba los aparatos.

—¿Podemos comunicar con ellos?

—Sí, profesor. Transmiten en ondas normales. La llamada viene de la Zona Cero.

—Conteste.

—Profesor Anselmi al habla... Profesor Anselmi al habla... Espero.

La voz de Ike Hu se dejó oir por el altavoz:

—Aquí, el jefe de la expedición de Igorokán.. Supongo que habrá comprendido la inutilidad de toda resistencia. Mi proposición es: rendición incondicional.

Anselmi tomó la palabra:
—No somos un pueblo de guerreros. Creemos que el ser humano tiene otro destino que el de destruir a sus semejantes, pero no aceptaremos la rendición. Sólo se rinden los que tienen en más su vida que su dignidad.
—Es usted un estúpido. No piensan lo mismo Bob y el profesor Haston.
—¡Jamás me convencerá usted de eso! —replicó Anselmi.
—Piense un poco, profesor. ¿Quién me ha informado de la existencia de ese llamado Cuartel General, en la Selva Negra? ¿Quién cree que puede haberme hablado de la estúpida reunión sostenida con todos los Directores de Zona? Desengáñese, profesor. Bob se muestra dócil como un corderino ,y ha resultado ser un valiosísimo colaborador para mí.
—Tampoco eso cambia gran cosa la cuestión. Estoy seguro de que sus confesiones no han sido voluntarias.
—No puedo perder el tiempo. No hay elección posible, profesor.: rendición incondicional o destrucción de la Tierra.
—Si ustedes necesitan vivir en la Tierra estamos dispuestos a concertar un tratado.
—¿Desde cuándo el vencido puede hacer un tratado con el vencedor?
—Todavía no estamos vencidos. Han ganado la primera batalla, pero la ocupación real de nuestro planeta sigue siendo un problema.
—No es problema. En unas horas podemos destruir esa estúpida humanidad que ustedes acaudillan. Si quieren evitarlo se entregarán todos los Directores de Zona y los miembros que queden del Estado Mayor.
Anselmi meditó unos segundos.
—Y si lo hiciéramos así, ¿qué sucedería?
—Con ustedes haría un escarmiento público para que nunca nadie más intentara oponerse a mis designios.
—¿Y el resto de los humanos?
—Como raza inferior que son servirían incondicionalmente a los señores de Igorokán.
—Nuestra vida es poca cosa y gustosos la sacrificaríamos en favor de la Humanidad —replicó Anselmi—, pero de ninguna manera lo haremos para que ésta quede esclavizada. La lucha continuará.
Ike Hu replicó con gran dureza en el tono de voz:
—-No hay tiempo para discutir. Si dentro de dos días no se han presentado aquí todos llevaré a cabo mi plan.
La transmisión quedó cortada. Anselmi se retiró a su despacho donde las más negras preocupaciones hicieron presa en su corazón



y en su conciencia.

XX

Bob abrió los ojos. Se encontraba tumbado en el suelo de una habitación circular y sentía la cabeza como vacía.

—Ya resucita —dijo una voz que a él le pareció venir desde muy lejos.

Tras un esfuerzo por concentrarse, las cosas fueron perfilándose a su alrededor. Haston y los demás le contemplaban con atención.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó.

— ¡Ya habla! —dijo Haston con un suspiro.

—¿Cómo te encuentras, viejo infusorio?

—¿Qué ha sucedido, Ernest?

—No preguntes ahora. Intenta reponerte.

—Ya me encuentro mejor.

—Si tuviéramos a mano un poco de coñac te sentaría muy bien.

—Yo creo que nos sentaría bien a todos —suspiró Haston.

—No hace falta —indicó Bob—, Ya estoy casi repuesto. ¿Me he desmayado?

—Algo parecido —asintió Ernest.

—¿Cómo ha sido?

—Verá, Bob... No ha sido un desmayo, precisamente —contestó Haston.

—¿Qué quiere decir, profesor?

—Al poco tiempo de traernos aquí vinieron unos secuaces de mi desvergonzado amigo Ike Hu. Traían la intención de inyectarle una sustancia. Nos opusimos todos y luchamos. Usted le rompió un brazo a uno de los esbirros, merced a una maravillosa llave de judo, pero al final pudieron con nosotros. Entonces realizaron su propósito a la vista de todos.

Bob recordaba vagamente la escena descrita por Haston.

—¿Y qué pretendían cop ello?

—Era escopolamina o algo parecido.

La luz se hizo en el cerebro de Bob.

—Entonces han pretendido arrancarme una
información.

—Y lo ha conseguido.

Un gran abatimiento cayó sobre los hombros de Bob.

—¡Dios mío! ¡Y que haya sido yo mismo el que Ies haya dado esa información!

-No ha de tomarlo así —dijo Haston—, Usted o cualquiera, es lo

mismo- Ellos le han elegido por considerar que era el mejor informado; pero usted sabe que nadie hubiera podido evitarlo de encontrarse en su caso.

—Sí, Bob. Tú sabes que esa droga anula la voluntad y hasta el instinto de conservación. Nada debes reprocharte.

—¿Y qué han descubierto?

—Todo. La existencia de Anseími y los demás, él Cuartel General los planes salidos de la reunión con los Directores Generales, en fin, todo.

—Todo, aunque en verdad no era mucho —dijo consolador Haston.

—No hay que pensar más en ello, Bob.

—¿Se sabe algo del profesor Anselmi?

—No, se fueron con tus informes y ya no hemos sabido nada.

—¿Cuánto tiempo estamos aquí?

—Dos días.

Bob intentó desechar los negros pensamientos que se adueñaban de su conciencia. La conversación fue' decayendo y las horas pasaron lentamente. Fue Ernest el que rompió el, silencio,

—¿Recuerdas la cueva en que nos encontramos?

—Sí.

—¿No te parece raro?

—¿Qué encuentras de raro en ello?

—No sé, pero antes de venir estuve inspeccionando. No pude encontrar el fin. Es más, conforme me iba adentrando me pareció ver la mano del hombre en todo aquello. Se sucedían los túneles y pasadizos, ya muy deteriorados por el tiempo, pero que mostraban señales inequívocas de haber sido hechos por la mano del hombre…

—No es extraño —interrumpió Haston—. Creo que en tiempos fue un yacimiento de uranio, abandonado luego cuando los procedimientos de desintegración del hidrógeno progresaron.

—Eso lo explica todo —convino Ernest.

Bob cambió el giro de la conversación.

—¿Crees que habrán descubierto tu «Sideral Comet»

—Es posible que no. Cuando aterrizamos lo hicimos en un sitio que me pareció ideal para el en- mascaraminto.

—No está de más pensar que podemos disponer de él si en algún momento nos acompaña la suerte y podemos escapar de aquí.

—No tengo muchas esperanzas, Bob —respondió Haston—. Me he tomado la molestia de inspeccionar esta habitación y me parece la más perfecta ratonera del mundo.

En efecto, aquella habitación era un cilindro perfecto, con unos diez metros de diámetro y unos ocho de altura. No había ni la menor señal que indicara la existencia de una puerta y una pálida

luz, que parecía emanar de toda la superficie interior, iluminaba el aposento.

—No creo que consiguiéramos abrir esto ni con un explosivo —-dijo Ernest.

Bob volvió a inspeccionar la superficie pulida del recinto.

—No se encuentra ni el menor vestigio de una puerta.

De pronto oyó que alguien le llamaba.

—¿Quién me ha llamado?

Todos hicieron un gesto negativo.

—¡Quizá se trata de un efecto nervioso —apuntó Haston—. Yo creo que lo mejor es descansar. No es que la cama sea muy mullirla, pero creo que a todos nos vendrá bien.

Todos se fueron acomodando sobre el suelo de la habitación. Ernest gruñía maldiciones y juraba por el ala izquierda de la Constelación del Cisne.

Transcurridos unos minutos Bob se incorporó sobresaltado. Miró a todos y volvió a tumbarse en silencio. De nuevo había tenido la sensación de que alguien le llamaba, pero esta decir nada para no perturbar a sus compañeros.

XXI

Aloa Ka permanecía al lado de su piloto.

—¡No hay manera de conseguirlo!

—No desesperes, Aloa Ka. Ten en cuenta que procedemos a ciegas.

—¿No crees que pueda estar muerto?

—No lo creo. Lo han sometido a interrogatorio con K-H. Eso no es perjudicial.

El piloto afinó los aparatos que estaba accionando. Levantó, hasta sus labios el micrófono que tenía en la mano y dijo:

—Atención, Bob... Atención, Bob. Le llama un amigo.

Una lucecita verde en el aparato detector aumentó su intensidad. El piloto comprobó unos instrumentos y luego hizo unas operaciones con un pequeño cerebro electrónico.

—Creo que estamos cerca de conseguirlo. Por tres veces nuestro mensaje ha incidido en su cerebro. Casi tengo determinada su onda cerebral.

El piloto rectificó la onda de emisión y volvió a lanzar un mensaje. La luz verde brilló con gran intensidad.

—Ya lo tenemos —dijo el piloto con acento de triunfo.

Rápidamente tomó unas notas sobre la longitud de onda registrada en el aparato- —¿Podemos ya comunicar con él?

—Desde ahora nada más fácil. Quizá él se lleve una sorpresa muy grande, pero procuraré explicárselo rápidamente.

El piloto dio un contacto. En la pantalla de cristal apareció un trozo de la pared luminiscente de la habitación donde Bob y sus amigos estaban encerrados. En el suelo se veía al profesor Haston y parte del cuerpo de Ernest, así mismo podían verse parte de los hombres de Bob.

De manera intermitente la imagen se esfumaba y volvía de nuevo.

—¿Acaso funciona mal el detector?

—No, Aloa Ka. En la pantalla se proyecta lo que ven los ojos de Bob y transmite su onda cerebral. Los momentáneos eclipses de la imagen obedecen al parpadeo de sus ojos.

XXII

Bob se levantó como impulsado por un resorte. En unos segundos despertó a todos, sus compañeros.

—Escúchenme todos- Vamos a salir de aquí.

Todos se miraron asombrados.

—No tengo tiempo para dar explicaciones, pero tengan la seguridad de que no estoy loco. Esa ratonera tiene una puerta que se acciona por una célula fotoeléctrica situada a un metro del suelo.

—Pero Bob —intervino Haston— lo que usted dice es sorprendente.

—Pero es cierto, profesor. Más sorprendente sería para usted si le explicara la manera como me he enterado de esto. Me lo ha dicho Aloa Ka.

—¡Por la fuga de las galaxias! —exclamó Ernest.

—De alguna manera han conseguido comunicar con mi cerebro. Ya explicaré en otra ocasión los pormenores. ¿Disponemos de una linterna eléctrica?

Entre el equipo de vuelo de Ernest habla varias linternas.

—Aquí hay una —dijo uno de los aviadores.

Bob cogió la linterna.

—Sé que esa célula está a un metro de altura del suelo, pero no me han podido precisar en qué sitio. Yo recorreré con el haz luminoso una franja alrededor de esta habitación y a la altura de un metro. Supongo que daremos con la puerta.

—¿Y si tenemos centinelas fuera? —preguntó Haston.

—Entonces lucharemos —fue la seca respuesta de Bob.

Lentamente fue recorriendo Bob la zona prevista. Todos permanecían tensos y casi sin atreverse a respirar. Los minutos fueron pasando angustiosamente. Ya había recorrido más de la mitad del camino propuesto cuando se percibió un profundo chasquido y el leve zumbido de una maquinaria. Suavemente fue deslizándose una de las paredes, dejando al descubierto un hueco por el cual se podía ver la noche que envolvía a la Tierra. En el dintel de la puerta apareció la hercúlea figura de dos guardianes que, en medio de su asombro, intentaban poner en acción sus armas. Bob y Ernest se abalanzaron con la rapidez de un relámpago sobre sus adversarios con los que entablaron una dura lucha. Repuestos los demás de la sorpresa, intervinieron oportunamente y en pocos segundos inutilizaron a sus enemigos Luego, con

cinturones y trozos de ropa los ataron y amordazaron concienzudamente. El camino estaba libre.

—Dispuestos a enfrentarnos con lo que haya fuera —ordenó Bob.

Todos se dispusieron a saltar al exterior, con los músculos tensos para entrar en combate si fuera preciso. Afortunadamente nadie había que se les opusiera. Al amparo de la oscuridad de la noche comenzaron su marcha para salir del radio del campamento enemigo.

—Oiga, Bob —susurró Haston—; me parece observar dos sombras que se mueven en dirección perpendicular a la nuestra.

Bob intentó penetrar la oscuridad v, en efecto, percibió dos sombras que se encaminaban hacia ellos.

—Atención todos. Despliégúense en semicírculo. Hay que evitar que esos desconocidos puedan dar la voz de alerta.

Las dos sombras fueron perfilándose hasta tomar la apariencia de seres humanos. En unos segundos se encontraron a pocos metros de Bob y los suyos. Ernest dio un salto de tigie y cayó sobre uno de los adversarios. Aún no habían caído al suelo cuando el otro ser exclamó:

—Somos nosotros, Bob.

Bob quedó paralizado por la sorpresa. No cabía duda, era la voz de Aloa Ka. Un segundo después so encontraban con las manos entrelazadas, locos de alearía.

Ernest y su adversario, que no era otro que el piloto de Aloa, Ka, se levantaron del suelo.

—No hay tiempo que perder —dijo Aloa Ka--. Estábamos impacientes. Han tiene dispuesto nuestro aparato para huir de este maldito lugar.

Rábidamente se pusieron en camino y llegaron al aparato de Aloa Ka. Han actuó los mandos y, silenciosamente, el «platillo volante» empezó a alejarse de aquella peligrosa zona.

—Creo que debemos ir a nuestro Cuartel General —sugirió Haston.

—Yo creo, profesor, que debemos intentar el rescate del «Sideral Comet» de Ernest.

—Me parece buena idea —intervino éste—. Dadas las circunstancias, creo que puede sernos de extraordinaria utilidad.

Todos convinieron en la razón de esta sugerencia y Ernest dio las orientaciones precisas al piloto de Aloa Ka para dirigirse al punto requerido.

Después de unos minutos de vuelo fueron a aterrizar cerca de la cueva que albergó a Ernest y los suyos. Bajaron con todas las precauciones y se dirigieron hacia la misma, mas no sin antes haber

transmitido un despacho al Cuartel General anunciándoles la buena nueva.

Cuando ya estuvieron todos en la cueva, Ernest y dos ayudantes salieron a la busca del «Sideral Comet».

—Realmente estoy asombrado de nuestra fuga —comentó Haston.

—He pasado los peores momentos de mi vida —dijo Aloa Ka, envolviendo a Bob en una mirada de ternura.

—Todavía nos quedan momentos muy difíciles —replicó Bob—. Hemos conseguido escapar, pero la situación sigue siendo igualmente desesperada para toda la Humanidad.

—Yo creo que es un buen augurio el que hayamos podido salvarnos —contestó Haston—. Hemos de recobrar nuestra moral y ver la manera de conseguir herir de muerte a nuestro enemigo.

Durante algunos minutes quedaron todos en silencio, absortos por la magnitud del problema.

Bob tomó la palabra.

—Una pregunta, Aloa Ka.

—Dime, Bob —tuteó Aloa Ka sin poder contener por más tiempo su afecto hacia Bob.

Bob agradeció con una rápida mirada la prueba de confianza de Aloa Ka y continuó:

—Hemos observado la existencia de una gran torre en el campamento enemigo, ¿tienes idea de lo que eso puede ser?

—Sí. Se trata de una poderosa célula fotoeléctrica, generadora de la envoltura electrónica que impide a las naves terrestres descender hasta la superficie de la tierra.

Haston tuvo una mirada de inteligencia con Bob, en la que no estaba exenta la sensación de triunfo.

— ¿Y crees que hay alguna forma de inutilizarla?

—No creo que dispongamos de una fuerza capaz de conseguirlo. Mi «platillo volante» no dispone de armas con la suficiente potencia.

—Quizás la clave de nuestro posible éxito —replicó Bob lentamente— sea la destrucción de esa torre. Ello nos permitiría poder utilizar nuestros «Sideral Comet» y tener con ello una posibilidad de victoria.

Durante algunos minutos estuvieron dándole vueltas al tema sin conseguir hallar la solución.

Ernest y sus dos ayudantes llegaron en aquel momento.

—Todo está en orden, Bob —explicó Ernest—. Nuestro, aparato no ha sido descubierto. Algunos instrumentos se encuentran estropeados, pero puede volar y aun hacer uso de la mayoría de sus armas.

En breves segundos Bob puso al corriente a Ernest de la

conversación sostenida con Aloa Ka.

—¿No crees, Bob, que podríamos conseguir algo atacando esa torre con rayos de iones radioactivos?

—No conseguiríamos nada —repuso Aloa Ka—. La torre está construida de tal modo que puede considerarse impenetrable aun para los iones radioactivos.

—Quizás si dispusiéramos de poderosos explosivos a la antigua usanza, sería más eficaz nuestra acción. Estoy seguro de que una poderosa explosión conseguiría destruir la torre o al menos deteriorarla al extremo de conseguir su inutilización.

—Tal vez si nos pusiéramos al habla con Anselmi —terció Haston— consiguiéramos disponer de los medios necesarios.

—Ni aun así creo que lo consiguiéramos —replicó Bob abatido.

XXIII

En aquella noche Anselmi bebió la copa de la amargura hasta las heces. Los Directores Generales de Zona fueron enviando informes totalmente desalentadores. El enemigo había empezado a poner en práctica su plan de destrucción de la Humanidad. Las torres de destrucción habían sido situadas en todas las Zonas de la Tierra, y, aunque de momento parecían estar a la espectativa, algunas de ellas mostraban una actitud activamente hostil, produciendo el terror y el desconsuelo entre los seres de la Tierra.

Anselmi comunicó con Bob para ponerle al corriente de la situación.

—El enemigo está decidido a llevar adelante sus planes de destrucción, Bob. Quizás lo más sensato fuera rendirse sin condiciones.

—Pero usted sabe lo que eso supone, profesor. No podemos condenar a la Humanidad a una esclavitud peor que la muerte.

—Comprendo sus razones, Bob, pero, ¿qué hacer? En algunas Zonas nuestro improvisado ejército se ha lanzado suicidamente contra estos diabólicos artefactos y el resultado ha sido una matanza en masa.

—No creo que el enemigo actúe plenamente hasta mañana por la mañana —replicó Bob— Quizás nuestro fin sea aceptar las condiciones de nuestros adversarios, pero todavía tenemos horas, para intentarlo todo.

—Me gusta escucharlo así—respondió Anselmi—. No tomaré ninguna decisión hasta que amanezca. Espero que se produzca el milagro.

Anselmi cortó la comunicación con Bob. Luego, comunicó con todos los Directores Generales de Zona a los que dio una orden: «Suspendan los ataques. Recibirán instrucciones antes de mañana a imeidodía».

Anselmi se retiró con sus colaboradores, a los que la inminencia del desastre tenía serenamente abatidos.

XXIV

El ¡profesor salió del interior de la cueva.

—He estado explorando esta cueva o yacimiento. A unos trescientos metros de profundidad mi contador Geiger ha registrado una gran radioactividad.

—¿Qué supone que es eso, profesor?

—Si no me falla la memoria ahí hay un depósito de uranio dél que fue difícil desprenderse en otros tiempos. Cuando se dejó de emplear el uranio para las desintegraciones quedaron una serie de depósitos por todo el planeta, construidos en los mismos yacimientos que por entonces se explotaban. La Comisión de Energía Atómica de la que formo parte, tiene catalogado éste como, el depósito 221-B, eso es todo lo que puedo decir, Bob.

Un relámpago de inteligencia cruzó por los ojos de Bob.

—¿Sería fácil emplear ese uranio para la confección de una bomba atómica?

—Fácil, no. La materia prima creo que esté en buenas condiciones, pero se necesitarían aparatos de los que no disponemos.

—¿Cómo se construían las antiguas bombas atómicas? —intervino Emest.

—El procedimiento empleado en los tiempos primitivos era totalmente distinto al de la actualidad. Entonces no se desintegraba más que el uranio, el torio y el hidrógeno y su técnica era muy rudimentaria. Ahora desintegramos todos los elementos y con una técnica totalmente distinta como ustedes saben muy bien.

—El procedimiento actual de las superestructuras de límite constante —replicó' Bob— es magnífico, pero requiere grandes instalacionse. La bomba atómica del siglo XX hoy sería fácil de producir. ¿Cuál era el procedimiento más común, profesor?

Haston recapacitó un momento, luego, juntó los dedos en actitud doctoral y, con sumo gusto, se lanzó a una breve disertación.

—El material empleado en la confección de la primera bomba atómica fue el uranio, por su gran capacidad para reaccionar en cadena. Como ustedes saben, el uranio no se encuentra puro en la naturaleza, sino que el uranio natural es un compuesto o isótopo de tres tipos distintos de uranio, asociados: U.238, el cual ocupa el 99’3 por ciento del compuesto; el U.235, que ocupa la mayor parte

de lo que queda del compuesto o asociación; y por último el U.234, al cual corresponde una parte insignificante en la asociación. Desintegrar el U.238 suponía el acelerar las partículas proyectiles a velocidades muy difíciles de conseguir en aquellos tiempos; el U.235 era más asequible pero las partículas que entonces Se empleaban eran demasiado rápidas, entonces se recurrió al empleo de estas partículas, pero frenadas por una barrera de agua pesada o de grafito. Dispuestas las cosas se procedía de la siguiente manera: en una cantidad de U.235 se bombardeaba el núcleo de un átomo por medio de un neutrón; al incidir el neutrón en el núcleo atómico, este núcleo se transformaba en dos núcleos, uno de bario y otro de krypton. El número de partículas de ambos núcleos, sumadas, daba el mismo número que las partículas que constituían el U.235 más el neutrón, es decir, se había desintegrado convirtiéndose en energía. ¿Cuál era el potencial de esta energía? La fórmula del profesor de los tiempos antiguos, Albert Einstein, nos lo daba. Como ustedes saben muy bien, la fórmula es E = m. c2., siendo E la energía, m la masa, y c la velocidad de la luz; o sea, que multiplicada la cantidad de masa desaparecida por 90.000.000.000 que es el cuadrado de la velocidad de la luz, teníamos el potencial de energía liberada. Al desintegrar el átomo del U.235 en un átomo de bario y otro de krypton, el átomo de bario dispara espontáneamente rayos gamma, electrones y neutrones, estos últimos bombardeaban un nuevo núcleo de U. 235, produciéndose una reacción en cadena cuya energía liberada, cerrada convenientemente en una cámara apropiada, acababa por hacerla estallar con enorme violencia. Así amigos, es como comenzaron nuestros precursores en los albores de la era atómica.

Como siempre la disertación de Haston encantó a todos.

—¿Y usted no cree, profesor, que podríamos hacer una bomba de ese tipo? —preguntó Bob.

—No disponemos de medios suficientes.

—Uranio tenemos aquí mismo, en cuanto a aparatos el «Sideral Comet» de Ernest dispone de un acelerador de partículas.

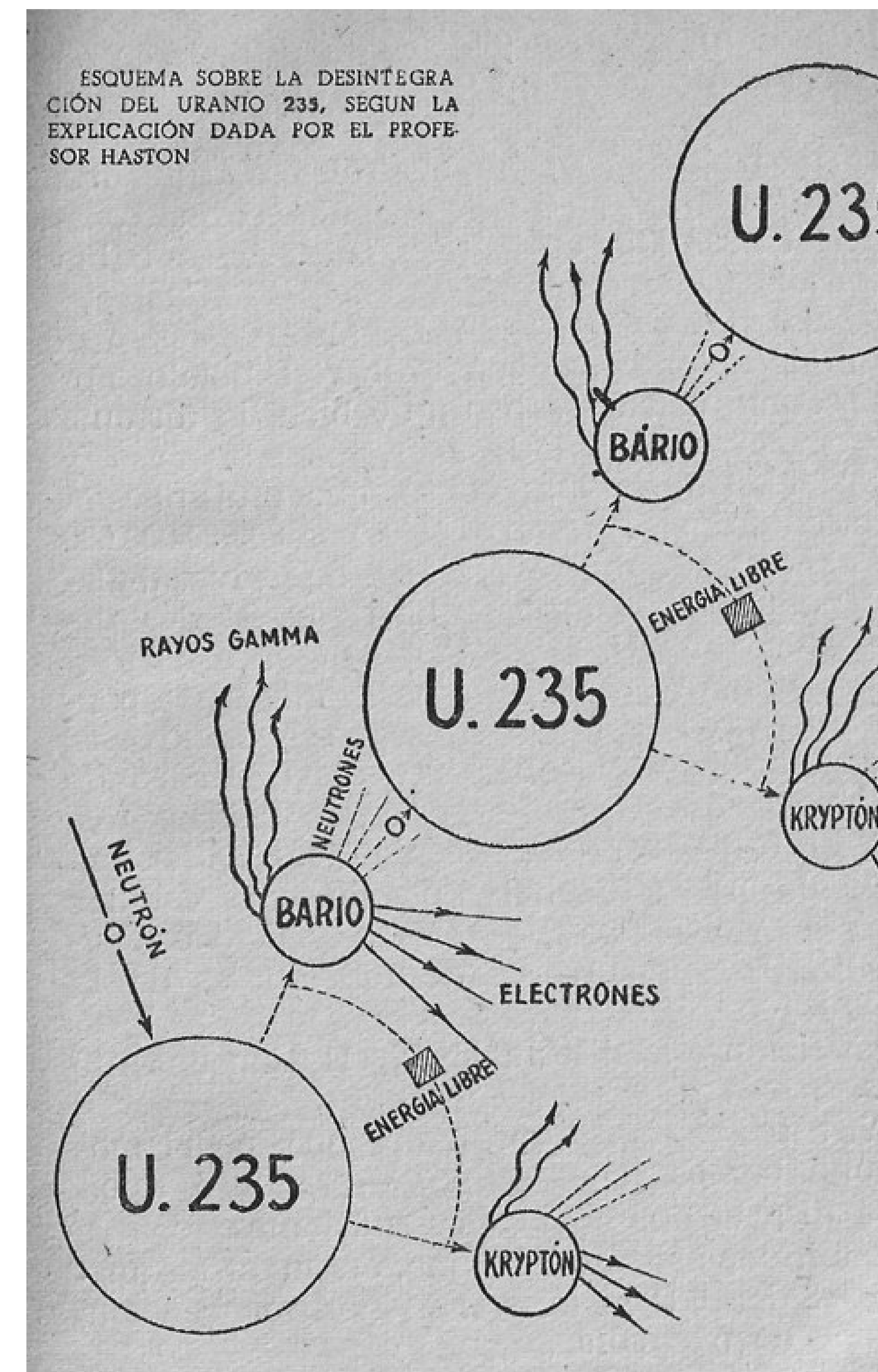
—Y de agua pesada —terció Ernest.

Haston se quedó como petrificado. Luego reaccionó deslumbrado por la idea.

—¡¡Es cierto!! ¡La misma cabina del piloto, construida. para soportar los espacios siderales, podría ser la cámara de explosión!

—¿Es, pues, posible, profesor? —preguntó Bob excitado.

—¡Por nada del mundo dejaría de intentarlo! Vamos a comenzar rápidamente. Necesitamos trajes contra la radioactividad.



—Nuestro equipo de vuelo cuenta con trajes de ese tipo —apuntó Ernest—. Envíe por ellos ahora mismo.

Ernest dio una orden y varios hombres fueron a buscar le pedido. Unos minutos después estaban de vuelta con los deseados trajes.

Febrilmente fueron vistiéndose todos, excepto Aloa Ka y tres hombres de la tripulación de Ernest que cedieron sus trajes a Haston, a Bob y Han, en la fantástica empresa.

Ataviados con la extraña vestidura se dispusieron a penetrar en el yacimiento de uranio. Antes de emprender la marcha Bob advirtió a los que se quedaban la necesidad de alejarse para evitar el peligro de las radiaciones. Poco después se perdían en la oscuridad de las galerías, apenas rota por la luz de las linternas. Durante varios minutos caminaron en silencio hasta que Haston hizo señal de detenerse. Bob consultó su contador Geiger y vio que acusaba gran actividad.

Haston hizo un gesto señalando el suelo de la rotonda en que se encontraban. Con utensilios improvisados empezaron a cavar en tierra. La tarea era dura. Durante más de una hora trabajaron con ahínco hasta qué el cuchillo de Ernest chocó con un cuerpo metálico. Todos trabajaron en punto y unos minutos después quedaron al descubierto unas veinte cajas de plomo de cuatro decímetros cúbicos de capacidad. Haston las observó detenidamente e indicó que cogieran una. La cogieron entre dos hombres y la fantástica comitiva se dirigió hacia el exterior. Llegaron hasta el «Sideral Comet» y fueron subiendo. Haston detuvo a Bob antes de subir y se descubrió la cabeza.

—Vamos a intentarlo, Bob. Sin estos trajes sería imposible, pero así estamos seguros. Cada una de esas cajas contiene unos dos kilos de U.235. Si conseguimos la reacción en cadena de esos dos kilos tendremos una potencia equivalente a 30.000 toneladas de un explosivo común.

—Que Díos nos ayude—fue la respuesta de Bob.

Los dos hombres se cubrieron la cabeza y penetraron en el «Sideral Comet»

* * *

Aloa Ka sufrió el lento transcurrir de las horas. El día comenzaba a alborear y todavía no tenía noticia alguna. Por el cielo comenzaban a cruzar centenares de naves aéreas que ella reconoció ser las de Ike Hu, lo cual vino a aumentar su preocupación- Por fin, vio volver a la expedición. Todos traían la mirada brillante enmarcada en las caras demaoiadas por el cansancio.

—¿Qué ha sucedido, Bob? —preguntó Aloa Ka anhelante.

—Tuno está dispuesto.

—¿Qué significa este despliegue de fuerzas enemigas? —preguntó Ernest extrañado.

—Mucho me temo que Ike Hu vaya a cumplir su promesa de destruir la población de la Tierra —contestó Haston.

— Es preciso acelerar nuestros trabajos —intervino Bob—. El «Sideral Comet» tiene que despegar y buscar

su objetivo.

—Desde mi aparato podemos dirigirlo —apuntó -Han.

En poco tiempo llegaron todos al «platillo volante» de Aloa Ka. Han comenzó a maniobrar en los aparatos y después de unos segundos de prueba se iluminó la pantalla de fototelevisión, apareciendo en la misma la imagen del «Sideral Comet».

—Estoy dispuesto. —dijo Han.

—Ya puede despegar —ordenó Haston.

Han puso en marcha el dispositivo de control a distancia y los motores del «Sideral Comet» se pusieron en acción; poco después el aparato comenzaba el despegue y ganaba considerable altura. Han maniobró hábilmente y el «Sideral Comet» emprendió la marcha hacia la Zona Cero.

—Más velocidad —ordenó Bob.

En 1a. pantalla de fototelevisión se podía ver perfectamente la marcha del «Sideral Comet». Ya comenzaba a volar por las inmediaciones desoladas de la Zona Cero- Unos segundos más y apareció, a lo lejos, la gran explanada donde Ike Hu había asentado sus reales. La torre permanecía erguida en el mismo sitio donde se encontraba la noche anterior, pero ni una sola nave enemiga le hacía compañía.

—Han levantado el vuelo todos —musitó Bob.

—Sí —intervino Aloa Ka—. Ni siquiera la nave de Ike Hu se ha quedado.

—Rabioso por nuestra fuga ha debido adelantar su propuesta maniobra de destrucción de la Humanidad —dijo Haston.

—¿Has observado que volaban a muy poca velocidad, Bob? —preguntó Ernest.

—Si. No parece que les es muy propicia nuestra atmósfera.

El «Sideral Comet», perfectamente dirigido por Han, volaba en amplios círculos sobre la torre foto- tléctrica.

—¿A qué altura vuela el «Sideral Comet»? —preguntó Haston.

—Seis mil cuatrocientos metros —contestó Han.

Haston cogió un papel e hizo un cálculo.

—Puede alcanzar su objetivo en dos segundos.

—Preparado —replicó Han.

—Bob, usted maneja el dispositivo para hacer estallar la bomba. Un segundo y medio después de comenzar el picado debe usted

accionar el dispositivo para la explosión.

—De acuerdo.

Han dió algunas instrucciones a Bob para el manejo de estos aparatos, algo distintos a los empleados en la Tierra.

—Atención, Bob y Han —advirtió Haston.

El «Sideral Comet» picó en dirección a la torre. Bob contuvo la respiración y un segundo y medio después dió un contacto.

En la pantalla de fototelevisión se vio una llamarada y la zona alcanzada por la explosión quedó envuelta en una nube de gases incandescentes. Los. minutos fueron pasando angustiosamente. Cuando ai fin se disipó 1a. nube pudo verse la torre abatida sobre el suelo y a unos doscientos metros del lugar de su primitivo emplazamiento. Había sido dividida en dos trozos desiguales y mostraba múltiples resquebrajaduras y desperfectos.

— ¡Lo hemos conseguido! —gritó Ernest, loco de contento.

—Pronto —intervino Bob—, Usted, profesor, comunique con Anselmi y dígale que no hagan frente al enemigo. Puede utilizar la emisora de corto alcance. Yo intentaré comunicar con León.

Mientras Haston transmitía el mensaje al Cuartel General, Bob comunicó con León.

—Aquí Plataforma Comando.

—Oye, soy Bob. Creo que ya podéis bajar a la Tierra. Hemos destruido el generador de la envoltura electrónica.

—¡Es la mejor noticia que he oído en mi vida, Bob!

—Atiende mis instrucciones. Reducid el radio de los giróscopos hasta situarlos a cinco mil kilómetros de la Tierra. Venid a toda velocidad, pues el enemigo ha partido para consumar la destrucción de la Humanidad. En nuestra atmósfera actúan muy lentamente. Acelerad vosotros todo lo posible.

—Se hará como dices, Bob.

Bob se dirigió a los demás.

—Preparados para trasladarnos a nuestro Cuartel General.

Han puso en marcha el «platillo volante» y emprendieron el camino hacia la Selva Negra. Durante el trayecto fueron pasando con facilidad multitud de naves enemigas.

—Oye, Aloa Ka, ¿este aparato está construido con los mismos materiales que los demás aparatos de Igorokán?

—No. En realidad éste es un aparato anticua do, aunque muy seguro. En el espacio sideral es menos potente que los otros, pero mi padre quiso que hiciera el viaje así para mayor seguridad.

Bob quedó pensativo. Cuando llegaron al Cuartel General, Anselmi y los demás los abrazaron llenos de emoción. Anseimi los puso al corriente de la situación en pocas palabras: el enemigo había comenzado una tremenda operación de destrucción. Las

torres mortíferas sembraban la desolación y el desconcierto en las ciudades que habían sido evacuadas a toda prisa. Los últimos informes acusaban la presencia de las naves: enemigas en distintos puntos del planeta, lanzadas a la caza y destrucción de los terrestres refugiados en las montañas.

Bob volvió a comunicar con León. Se encontraban muy cerca de la Tierra y avanzaban con los motores al máximo.

Una hora pasó con la lentitud de un siglo; luego León comunicó con Bob:

—Hemos entrado en contacto con nuestra atmósfera. Despliego las fuerzas para enfrentarnos con el enemigo.

La pantalla de telerradar descubrió varias escuadrillas de «¡Sideral Carnet» que se acercaban a toda velocidad a las formaciones enemigas. Bob dio una orden a León:

—Oye, León; tengo un presentimiento. Los aparatos enemigos están accionados por la luz; sin embargo, en nuestra atmósfera no pueden volar muy aprisa. Tengo la sospecha de que eso obedece a que el material de que están construidos no soporta la vibración. Procurad acercaros a ellos con los motores auxiliares de reacción en marcha. Si es cierto lo que yo digo, la onda sonora emitida por los «¡Sideral Comet» hará estallar la estructura de las naves enemigas.

—Así lo haré. Voy a transmitir la orden a todos los aparatos.

Todo el Cuartel General estaba pendiente de la pantalla de telerradar. Las escuadrillas de «Sideral Comet» llevaban encendidos sus turbo-reactores.

Las primeras escuadrillas, a gran velocidad, pasaron por encima de los primeros aparatos enemigos. Un segundo después estallaban éstos, desintegrándose en el aire. Un incontenible grito de alegría salió de la garganta de todos los que estaban en el Cuartel General.

Los «Sideral Comet», con su gran velocidad, fueron alcanzando las distintas formaciones de naves enemigas, obteniendo los mismos resultados. Durante varias horas se dedicaron a la caza de los aparatos enemigos hasta conseguir su total destrucción.

Bob transmitió una nueva orden:

—¡Atacad las torres!

Los «Sideral Comet» de León fueron localizando las torres y destruyéndolas de igual forma. Al anochecer la Tierra se encontraba libre de sus enemigos. En el Cuartel General reinaba la mayor alegría y todos los pueblos de la Tierra hacían manifestaciones exteriores de contento, empañadas por el recuerdo de las víctimas habidas en esta descomunal lucha.

Anselmi había convocado a todos los Directores Generales para estudiar la situación creada y curar las heridas causadas por la invasión.

Aloa Ka, radiante en aquellos momentos, se ensombreció un instante.

—Oye, Bob. ¿Crees que habrá muerto lke Hu?

—Es lo más probable. Su aparato no estaba en la Zona Cero; luego debió partir con los demás.

En este instante entró en la habitanción un ayudante de la Central de Control.

—Profesor Skine, venga usted en seguida a la Central.

Bub y Aloa se dirigieron rápidamente al lugar indicado- Cuando entraron encontraron a todos los miembros del Estado Mayor pendientes de la pantalla del telerradar.

Aloa Ka fijó sus ojos en la pantalla y lanzó un grito.

—¡Es el aparato de Ike Hu! —exclamó.

En la pantalla se podía ver un aparato que iba ganando altura por momentos. Ya había salido de la atmósfera y su velocidad era tremenda. Detrás, perdiendo cada vez más terreno, iban dos «Sideral Comet».

—No creo que consiga nada escapando —comentó Ernest.

—Ni creo que consiga escapar —replicó Haston.

El aparato ponía cada vez más distancia entre él y sus perseguidores. De pronto sucedió algo imprevisto. En lontananza apareció un giróscopo como una barrera gigantesca que cerraba el paso al fugitivo. La aparición del giróscopo debió pillar desprevenido a Ike Hu- Intentó maniobrar, pero la enorme velocidad adquirida le impidió hacerlo con el tiempo preciso. La nave sideral se desvió de su trayectoria, pero ya no le quedaba campo suficiente para evitar el choque. Un segundo después entraba en contacto con el giróscopo, pulverizándose, totalmente. El último de los atacantes de la Tierra acababa de pagar con su vida el pecado de su soberbia.

* * *

Aloa Ka y Bob paseaban por el jardín drl Cuartel General. Habían pasado unos días desde los últimos acontecimientos relatados- Bob tomó la palabra:

—No creo que pretendas vivir toda la vida en este Cuartel General, donde sólo hay hombres —insinuó Bob.

—¿Qué otra solución tengo, Bob?$_{V}$ Espero que me daréis asilo.

—Bueno... yo... en fin... ¿no preferirías vivir en mi casa? Es decir: vivir para siempre en mi compañía.

—Creo que a eso le llamáis pedir a una señorita en matrimonio, ¿no es así?

—Así es —dijó Bob temblando como un colegial.

— ¡Querido Bob! —fue la respuesta de Aloa Ka, al tiempo que le echaba los brazos al cuello.

Una discreta tosecilla interrumpió la escena. Era Haston.

—Disculpen la interrupción —dijo con una sonrisa—, pero quería comunicarle, Aloa Ka, que hemos establecido comunicación con su padre. Dice que las pantallas telescópicas de Igorokán han registrado todo lo sucedido. Han le ha dado noticias de usted y el Gobierno de la Tierra ha concedido una gran parte de Marte para que se establezcan los habitantes de Igorokán.

—Profesor Haston, sus noticias me llenan de alegría.

Haston sonrió benévolo; luego cambió el giro de la conversación y se dirigió a Bota:

—Tendrá usted que explicarle, querido Bob, qué es un padrino y por quéme corresponde serlo a mí.

El profesor Haston se alejó con un brillo malicioso en los ojos.

FIN

COLECCION
LUCHADORES DEL ESPACIO
TITULOS PUBLICADOS

1. —Los hombres de Venus, *George H. White.*
2. —El planeta misterioso, *George H. White.*
3. —La ciudad congelada, *George H White.*
4. —Cerebros electrónicos, *George H. White.*
5. —Pánico en la Tierra, *Alf. Regaldie.*
6. —La Horda amarilla, *George H. White.*
7. —Policía sideral, *George H. White.*
8. —La I. P. n.° 1 en peligro, *Alf. Regaldie.*
9. —Rumbo a lo desconocido, *George H. White.*
10. —Los Hombres Araña de Júpiter, *Alf. Regaldie.*
11. —La Abominable bestia gris, *George H. White.*
12. —La Conquista de un Imperio, *George H. White.*
13. —El Reino de las Tinieblas, *George H. White.*
14. —Dos Mundos frente a frente, *George H. White.*
15. —Salida hacia la Tierra, *George H. White.*
16. —Venimos a destruir el Mundo, *George H. White.*
17. —Guerra de Autómatas, *George H. White.*
18. —Piratas del Espacio, *Alf. Regaldie.*
19. —Errantes en el infinito, *Alf. Regaldie.*
20. —El Misterio de los Hombres de Piedra, *Alf. Regaldie.*
21. —Trágico destino, *Alf. Regaldie.*
22. —Si los mundos chocan, *Alf. Regaldie.*
23. —Redención no contesta, *George H. White.*

1. —Mando siniestro, *George H. White.*
2. —División equis, *George H. White.*
3. —Robinsones cósmicos, *George H. White.*
4. —Muerte en la estratosfera, *George H. White.*
5. —Destructores de mundos, *Alf Regaldie.*
6. —D-3 Base de monstruos, *Alf. Regaldie.*
7. —El Enigma de Acrón, *Alf. Regaldie.*
8. —Apocalipsis atómica, *Alf. Regaldie.*
9. — ¡Ha muerto la Tierral, *Joe Bennett.*
10. —Invasión nahumita, *George H. White.*
11. —Mares tenebrosos, *George H. White.*
12. —Contra el Imperio de Nahum *George H. White.*

1. —La guerra verde, *George H. White.*
2. —Amenaza latente, *Larry Winters.*
3. —Los hombres de Noidim, *Larry Winters.*
4. —La nueva Patria, *Larry Winters.*
5. —El hombre rojo de Tacom, *Walter Carrigan.*
6. —El reino de las sombras, *Walter Carrigan.*
7. —Las bases de Tarka, *Walter Carrigan.*
8. —El *Kipsedón* sucumbe*, Walter Carrigan.*
9. —Motín en Valera, *George H. White.*
10. —El enigma de los hombres-planta, *G. H. White.*
11. —El azote de la humanidad, *George H. White.*
12. —La ruta de Marte, *Larry Winters.*
13. —Expedición al Éter, *Larry Winters.*
14. —Fugitivos en el Cosmos, *Larry Winters.*
15. —Avanzadilla a la Tierra, *Larry Winters.*
16. —Amor y muerte en el Sol, *Mike Grandson*.
17. —Fymo, nuevo Mundo, *Joe Bennett.*
18. —Tierra de enigmas, *Joe Bennett.*
19. —Asteroide maldito, *Joe Bennett.*
20. —Operación cefeida Profesor Hasley

.

¿Desperdició el mundo una ocasión de desterrar la amenaza de las guerras? ¿Despreció la Humanidad una oportunidad única de lograr su felicidad en una nueva Era dedicada a la Paz?

GEORGE H. WHITE

plantea este apasionante problema al mundo, en su novela

EL ATOM-S-2

Y demuestra con su característica maestría y sencillez que el Mundo no ha alcanzado todavía la madurez espiritual que es condición indispensable para eliminar las guerras futuras y presentes. Lo que no comprendió el sabio que, alucinado por la idea de imponer la paz en el mundo, sembró la desdicha y la consternación con el terrible

EL ATOM-S-2

obra que aparecerá en el próximo número de esta

Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA

Precio: **5** *pesetas*